

RAMÓN DE GARCIASOL



RECADO DE
EL ESCORIAL

GRAMMÓN DE GARCÍA DE RECCO DE EL ESCORIAL





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

$$\begin{array}{r} 265 \\ \hline 240 \end{array}$$





RAMÓN DE GARCIASOL

Miguel Alonso Calvo, nombre civil de *Ramón de Garciasol*, nació (1913) en Humanes de Mohernando, burgo de la campiña paniega del Henares, en humilde hogar artesano. Mediante becas ganadas por oposición, estudió el bachillerato en la capital alcarreña, licenciándose en Derecho por la Universidad Central. Desde muy temprano descubrió su vocación poética y literaria. No olvida sus orígenes populares, lo que se advierte en sus trabajos y en su conducta. Su lucha y amor están con quienes «viven por sus manos» y cuantos dan decoro a la razón. Para Garciasol escribir no es menester exclusivamente estético: nunca juega a costa del prójimo. Por ello en su obra se respira aire moral, bien distinguido el colorete de la sangre. Siempre ha sido fiel al mandato impar: «iguala con la vida el pensamiento». Y a la advertencia cervantina: «La pluma es lengua del alma». Poeta, biógrafo, narrador, ensayista, ha publicado una treintena de libros, poderosos y personales, cuidados de meditación y buen verbo. Estudioso de Cervantes, Garciasol ha biografiado a Quevedo, Unamuno y Rubén Darío. Su *Correo para la muerte* supone una feliz conjunción de crónica de su tiempo, biografía y crítica, en un castellano de rica ideación y sabroso lenguaje. *Segunda selección de mis poemas* presenta muestras de su extensa e intensa labor poética. Algunos poemas suyos andan traducidos a las principales lenguas de cultura. Fue «Premio Fastenrath» de la Real Academia Española de la Lengua. **RECADO DE EL ESCORIAL**, poemario de sonetos monorrimos asonantes —176—, implica una nueva interpretación lírica del entorno que vivifica al monasterio herreriano, protagonista secundario y compresente. La luz, el color, los olores, el cambio de las estaciones, el campo, los caminos, el monte Abantos constituyen los elementos que dan música y significado al verso, interrogatorio lírico de sugestiva originalidad. **RECADO DE EL ESCORIAL** está dictado por el paisaje guadarrameño y los estados de ánimo del poeta. Posee calor íntimo y compañía serena. Los ciclos de la naturaleza priman sobre las ilustres arquitecturas y los recuerdos históricos. Al fondo del bosquecillo de poemas resuena el contrapunto del endecasílabo inmortal: «Lo eterno pasa, lo mudable queda». Y un cierto aroma de melancolía.





RAMON DE GARCIASOL

RECADO DE EL ESCORIAL



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
C/ Alcalá, n.º 30-32
28014 MADRID

DELEGACION DE CULTURA DE LA DIPUTACION DE MADRID

1982

Ref.: 0054



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

© Miguel Alonso Calvo,

Cubierta y retrato del autor:

Luis García-Ochoa

Depósito Legal: M. 18.623-1982

I.S.B.N.: 84-500-7616-1

Impreso en España

Imprenta Provincial

Polig. Ind. Valportillo. Calle 1.ª, s/n. - Madrid (Alcobendas)



Biblioteca Virtual
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

*A Mariuca,
la clave del arco*





Pasarán el monasterio augusto que impone su nombre resonante, las gentes que somos y las que vengan. Permanecerá la naturaleza sustentadora, dominada por el hombre o soyugado por ella. Y se desvanecerá hasta el recuerdo, disueltos en la igualadora muerte arquitecturas, risas y suspiros, logros y nostalgias. Mas a lo mejor quedan algunas palabras válidas entre las jaras de blanca flor colegiala y los pinos de verdor perenne de Abantos, los picachos del Guadarrama cambiantes con horas y luces, piedra preciosa o mar. Los nuevos ojos que miren percibirán el ceño grecotinta de las nubes lentas o arrebatadas, el pasmo de sus metamorfosis, la gracia femenina del llano hacia Madrid Saturno. Los silencios de ahora, las formas gigantescas o dulces —este canto rodado y pulido por los años allegado a la mano agradecida— retornarán en flores, nieves, lluvias, trinos, cosechas, verano hornero, reiteradas ansias de amor únicas y distintas en labios mozos, sed inicial, miradas que ven por vez primera el milagro del otro, su compañía justificadora, la soledad salvada, manos unguadas por el mandato de la creación, frontera tibia de lo perfecto amado. Y desesperaciones, desprecios y deslumbramientos, hallazgos generosos o perversos, lo que edifica y lo que hunde, el nacimiento, la conciencia, la vida y su remate conclusivo, duelos solidarios y pavores animales de la selva primitiva, guerra de todos contra todos.

Se renovará lo eterno, el rotar de los ciclos naturales, advertidos con admirativo pasmo según se madura y se puede comparar deseando, valorados por la experiencia, por eso que también a nosotros nos ha ocurrido y que sabíamos de oídas fantaseadas: seremos protagonistas venturosos o muñecos zarandeados sin respeto. Desaparecerá todo para no regresar, lo idéntico y mutado en otras apariencias, figuras y maneras, roto y reintegrado a la materia por tentar a la esfinge —¿y lo azaroso, independiente de la voluntad y hasta de lo necesitado?— sin antever que milagro es andar en paz y consciencia.

En el perpetuo cambio y movimiento el verso durará un poco más antes de regresar a lo inicial si el demiurgo lo quiere o lo puede. Únicamente la palabra bien nacida continúa, atesora, procura memoria, genealogía y fama, persona, gota primordial en la corriente manriqueña que no se agota ni suspende. ¡Y de sólo la realidad huidiza, apenas metáfora, alusión, imagen, interpretadas según cada cual!

Un careo del poeta consigo y con su entorno quisiera, en algún modo, transmitir y perpetuar Recado de El Escorial, noticias y sensaciones que un hombre comunica a otros hombres para que ellos aumenten el caudal.

Por estas humanadas rocas y caminos, un buen oído puede recuperar voces escritas en sombra, dictados del misterio en vela al que requiere con ahínco, y resucitar palabras rescatadas de la espera. Por aquí han amiado y sufrido, sentido y pensado, atrojado color en lienzos memorables, melodía en pentagramas desanudadores egregios hijos de la España del mundo en siglos. Y heroicas gentes anónimas del común, trabajadora grey sin bambolla y con honor. Si percutís el aire retiñe tiempo, algo que os aguarda entregará su recado. Y os sentiréis más de la patria total de los nacidos.

Lo que apenas era naturaleza indiferenciada —¿todas las rosas son la misma rosa?— a fuerza y cariño de ser vivida y auscultada, de paciente atención, se ha transformado en Historia, orden y significado, compañero rostro conoci-

do, recogida luz y contento. Por aquí ha pulsado la vena gorda de Europa y del planeta en algún momento sin desdoro. Por estos pagos algunos nombres propios interrogaron al enigma para que revelase su dirección y signo, hecha entendera su época, su patria, el presente y el futuro, el personal y el de la comunidad. Y dejado sus dichos y sus hechos, reconocibles a veces, sin fuerza para llegar a los demás normalmente, porque si tuviésemos vías para que nos iluminase el mensaje, la Tierra sería más hermosa. ¿Cómo en cualquier parte? No. Como en contados sitios irradiantes.

Por gracia y esfuerzo de tantos, por estos campos se oye más y mejor cuanto nos reclama la dignidad de la razón sentidora. Y es hacedero al sosegado escuchar «ese algo divino aquí dentro» merecedor de estatura y bipedestancia, vertical de trigo y fluencia de río, soliloquio de roca introvertida y zureo de raíces: la trascendencia y peligro de lo humano, la maravilla amenazada del vivir, estremecedor ser puesto, sin recordar antecedentes, para lograr persona, no impedido cumplimiento contra el mandato que nos botó libres y solidarios.

Por los campos escurialenses, cielos, bosques y montañas, píos pajareros, el hombre ha sabido, en ocasiones, vencer lo espeso y rebañego, individuar, convencer a lo callado para que cante su verbo, aclare sentido lo que aprisiona lo mineral y sordo, encuentre lenguaje, puente del uno al otro y simpatía.

El poeta aspira a transmitir el recado tácito en el paisaje, con verdad, calor, color y música. Si no lo ha conseguido no es culpa del buen deseo, que es buen amor, Juan Ruiz, marqués de Santillana, cantores agraces y vivísimos de la Sierra delicada y a la medida del hombre. Principalmente lo que el hombre ha erigido sobre el paisaje, «un estado de ánimo», como tan bien se ha dicho, al menos al oído, pues asimismo el paisaje real produce estado de ánimo. Mas ¿quién crea el estado de ánimo, para qué sutilísimo y com-

plejo entramado de persona, destino y carácter, medio, fisiología y otros dones de una u otra calaña?

También el monasterio inolvidable, rescatado de la irracionalidad romántica que miraba con los ojos cerrados, más próxima al estallido embestidor que a lo meditativo, su grandeza sobrecogedora es obra de los hombres, algo que no estaba ahí antes de su venida. Y, aunque ingenuamente no se quiera o se ignore, da sombra y tono a la dorada y espinosa aliga, al amarillo piorno mansueto, a los álamos altos movidos por brisas que recadean al oído de las hojas, al cantueso morado de libertades castellanas y Semana Santa, a los neveros serranos de cristal y azúcar, a los caminillos serraniegos de canela y huellas numerosas antecesoras, al oreo grave y violonchelo de los enjambres unánimes, al aullido lejano y temeroso de las alimañas, al vuelo torpón de las mariposas que abanicán el rubio aire agosteño, a las águilas pastoreando azules miniados...

Igualmente el monasterio está condicionado por el paisaje y su presencia. El canto gregoriano de los oficios religiosos aquí sabe a tomillo bravío y condimentador, la piedra tallada y en regla tiembla con el hielo y se beneficia del espliego buen mozo y de las espigas paniegas, del soplo invernizo de Siete Picos en el marzo marcerero. Aquí hay un equilibrio naturaleza-cultura, un pulso permanente entre contradicciones que dan tensión al paso y al reposo, algo que ilustra, protege y obliga, ennoblece.

★ ★ ★

Recado de El Escorial se compuso entre julio de 1976 y septiembre de 1981, conforme a la necesidad expresiva del sentimiento y del cuidado suscitados por el rotar de las estaciones: no todos los días estamos afinados —temperados diría Bach—, en situación de cántico, de entender las voces «y diferenciarlas de los ecos». Con frecuencia el espíritu calla, nos desaloja de nosotros, nos deja vacíos insustituibles sólo con oficio, el merecedor de los añadidos de la gracia.

Han pasado ciclos de la naturaleza, únicamente iguales en el nombre, ya que el tiempo humano —saco de felicidad y lágrimas— y la revelación varían: no todo abril es primavera. Tales variaciones y mandatos son los que persigue y reclama Recado de El Escorial. El poeta es una criatura precisa —única, incanjeable, irrepetible y sagrada— en un medio social e histórico, que tanto mandan, quitan o dan. Como la abeja de trajín y vuelo, el cantor no repite, de no plagiar: acumula, enriquece, procura que no falte lo mismo esencial que precisan los otros, al menos regala cuanto allega, por sí vale. Cumple su misión y que las profecías entreguen sus dones. Por él no queda.

Mas hablen los poemas si tienen qué y con qué, caminen, de no ir tullidos, sirvan de algo para alguien que un día se encuentre en el mismo tono, sensibilidad y canción. El resultado resuelve en estos asuntos más que cualquier propósito. Vinieron los poemas, luego recapacité sobre ellos. De ahí el prólogo que lees, amigo lector, quizá innecesario. Me dolería que ocurriese otro tanto con los versos. Mas eso no es de mi negociado.

San Lorenzo de El Escorial, 1981





1976





AL río que canté se le ha bebido
el sol de julio que morenó el trigo,
apetece la sombra, da a los niños
color de espiga, les aumenta el brillo

de la luz manantial, modela el grito
que les ensancha el mundo. Viene limpio
aire oloroso a parva, campesinos
sabores de la infancia desvaídos

con los trabajos y los días, símbolos,
metáfora de vida, los caminos
flor ajada, recuerdos, ya suspiro

más hondo y decididor que verbo. Miro
por mis adentros. Dulce y decisivo
el ser-estar, mañana o haber sido.

(28-VII-76)

SE le ha bebido el agua de momento,
no la canción, al río, que yo llevo
eternamente nueva en mis adentros
mientras viva o le deje tintinco

a la corriente renaciendo en versos
repetidos por alguien, aunque muerto
este burujo mío donde tiemblo
oscuras claridades y secretos

que me conciertan a dolor y tiempo,
agridulce alegría con que llevo
solar respuesta por la que me entero

de que soy hombre aún, y lo padezco,
y lo canto, lo lloro, os lo entrego
después de tanto amor como retengo.

(1-VIII-76)



MIRAD el cauce hoy. Pulidas piedras
sumergidas ayer, ahora tensa
gracia de piel amada que se besa
y la gloria de ver relampaguea.

Suspiros de humedad. En la ribera
fresco mastranzo en flor. Abaniquen
mariposas azul y nos alegran
las sonrisas heridas, tornan buena

la posibilidad. Se nos revelan
silencios decisivos. Por la yerba
los ojos del cansancio corretean

y los árboles mueven la cabeza
paternalmente aprobadores. ¿Esa
canción es la de madre, que nos piensa?

(2-VIII-76)

EN la matriz del tiempo duerme el agua,
en los neveros altos la montaña
acuna la corriente que mañana
nos volverá a decir en cifra sabia

unos sones que llenan la palabra
de significaciones y desatan
los nudos a la pena, dejan clara
y fluyente la sangre insomne hacia

su cumplimiento en vida propagada,
fecunda compañía libre. Pasa
una abeja de oro, roza el ala

y nos salpica música en la cara,
desamarrado viento que proclama
el oleaje eterno de las ansias.

(3-VIII-76)



UNOS pies breves han dejado huellas
de niño aventurero por la greda
húmeda todavía que reseca
el sol de julio alegre y las cosechas.

¡Qué llamada lejana se presenta
desvelando la carne de la vieja
infancia fundadora, enredadera
por huesos del presente y nos regresa

al tiempo original y sus banderas
invictas, aún intactas, sin las guerras
perdidas y ganadas en la brega

de la vida vivida y su conciencia!
¡Eternidad de entonces! Sólo quedan
de tanto sueño cicatrices bellas.

(3-VIII-76)

CON el calor del mediodía manso
huele a zumos frutales madurados,
a gomas y resinas de dorado
lagrimeo que dan al sol topacios

en las jaras sin flor, pinos sangrados
laderas limpias del acuarelado
azul guadarrameño. Cielos altos
tensos, sin una nube vuelan pájaros

que trazan, borran dibujos abstractos
para el asombro, que nos llueven cántico
de una sola nota, regalado

verso para poemas de milagro
que nunca nos completan. Ata ramos
con sonrisas la niña por el campo.

(4-VIII-76)

CAE la hoja de canela al suelo
rumorosa a cristal en el silencio
de la mañana fresca que comienzo,
expectante la carne, oído tenso

por si algo dijera su misterio.
Las mariposas no madrugan. Lleva el viento
tranco pausado de recién despierto
y los ojos aún con mucho sueño.

Hormiga de azabache apenas hecho
corre por la cuartilla donde quiero
fijar con signos torpes un momento

del día de mi vida, tan complejo,
tan azaroso de matiz y riesgo
de disecar. Y callado contemplo.

(4-VIII-76)

CUANDO hace silencio algo medita,
quiere aclarar el fondo de la íntima
trabazón radical y que defina
cada cosa la línea que perfila,

presenta, da su nota distinguida
y concorde a comunes melodías
del latido sagrado de la vida
que no repetirá en esta misma

forma significativa. Va la vista
de la pradera al árbol. En la brisa
sugerencia de olor y su caricia.

Los niños en el juego su alegría
echan al vuelo para dar noticias
que la sangre recuerda complacida.

(6-VIII-76)



PARA aclarar la sombra de los fondos,
los sentimientos de agitados posos,
las dudas por el vaso que desbordo,
lo imprevisible por aleatorio

inquietando cimientos, cuándos, cómoos,
¡cuánta lucha!, que tiemblo por el gozo
de las raíces a la copa, soplo
compensador que apenas dura un sorbo,

mas eterno en la sed. Vuelan mis ojos
azul de libertades. Trac agosto
seminales cosechas, baila el trompo

amarillo alegría en su retozo
y me puedo morir aquí, que toco
lo que no sé decir y a que respondo.

(7-VIII-76)

HACE días que no vienen los versos
a llamar a mi puerta. Los espero,
sin impaciencia, mas con el recelo
de quedarme más solo por completo

el ciclo, sin retorno al cauce, tiempo
ya clausurado en sí. ¡Y cómo tiemblo
los adentros del árbol! Tal un perro
que perdiera el olfato, no me oriento

bien por las horas tensas de mi seso.
Descifro signos que pintan los cielos
anubarrados al terrón reseco

del otoñado campo, me presiento
esponjar por la carne y sus misterios
llovida tierra última del cuerpo.

(13-VIII-76)

SE sentaba, callando, desvalida,
ensimismados ojos, como niña
que contempla ponientes, la sonrisa
húmeda de lunar melancolía.

«Mañana no vendré», pensaba, tímida,
temerosa, urgentes sus heridas
interiores lozanas. Por su vista
pasaban nubes arcangelaría,

cambiantes formas, y se estremecían
los árboles sombreros que movía
el viento calmo del atardecida.

Todos en el secreto que no iba
con el futuro nuestro. Lejanía
de muerte la palabra nos llovizna.



(14-VIII-76)



HA llovido después de muchos días
que agostaron las hojas, amarillas
antes de sazonar y ya caídas.

El sol dora con miel-luz-alegría

por la sangre y las cosas, más precisas.

El heno huele a té, sosiega nítidas
tensiones por la audaz geografía
de las altas metáforas que inician

afinidades que nos justifican,
por los pozos oscuros de la rima
que deshielan el agua, brotan, limpian

confusión y libertan. Pasa, mínima,
mariposa a volar comprometida,
por siempre incorporada a mi sonrisa.

(17-VIII-76)



HOY no pregunto. Sé. En mí la rama
está como en su tronco ensimismada
sin saltar la barrera de la gracia,
cauce de las raíces y las savias.

Hace señas concordes, nos declara
de paz y compañía esta mañana
preotoñal al fondo, luz de plata,
una ternura azul y lagrimada

laderas de los montes, que se callan
más adentrados, lindes de la nada.

Este junco del cauce sé que llama

cuando se inclina al dicho que le manda.

Un soplo de misterio por la cara
a las hondas matrices me reclama.

(20-VIII-76)



Me saben los caminos y las piedras,
los pradecillos donde aún resuena
la verdura dulcísima abrileña,
volado gozo que sólo recuerda.

El morenado rostro de la tierra
me conoce, proclama con fijeza
y mirada mimosa, se me entrega
el dictado del viento que me deja

removido de ayares y de ausencias.
Y yo les correspondo en el poema
con la carne, medulas, con las venas.

más decidoras cuanto más abiertas.
Que les diga la sangre lo que niega
la palabra asordada, eco apenas.

(20-VIII-76)

HE salido a buscar por qué razones
nos desvelan y tunden a los hombres
angustias sin contorno, se nos pone
el idear al rojo, por los goznes

herrumbrados rechinan tentaciones.
Camino, mañanero, por el bosque
de fresnos revenados. Veo el monte
tras un vaho lejano gris. El ocre

del senderillo empapa luz: anoche
la tormenta llovió. Llegan canciones
que yo canté de niño y reconoce

aliviada la pena por el goce
de ser con lo demás en el acorde
campesino que avienta mis temores.

(21-VIII-76)



AQUÍ, desnudo y solo entre los pinos
del noble Guadarrama hago míos
más en la piel, frontera y laberinto,
el sol, los aires, el silencio vivo

del Universo, que calan el íntimo
terrón de carne-tierra en que consisto,
su punta de razón con que ilumino
y doy cuenta de mí. Y me arrodillo,

abro los brazos de mi primitivo
hombre y adoro, tal en los inicios
de la puesta del mundo, busco el hilo

de salir a la luz. Y como niño
que sorprende la noche sin camino
de regreso a la madre siento frío.

(22-VIII-76



LA lluvia ruiseñora está diciendo
nervioso pizzicato en el silencio
del bosquecillo de rumores, denso
de pálpitos afines. Gotas, besos,

toques de arco, ala en hoja siento
en mi carne coral, el bisbisco
atávico convivo desde el centro
de los verdes lavados, ocreos vueltos

a recental niñez. Y suenan lentos,
cantando de raíz violonchelos
que desentrañan el pautado tiempo

escrito en el paisaje. Su destello
redondo pone el sol en oro y fuego
con su trompa asordada en niebla. El viento

tiene bronce tumbal del monasterio
sugerido tras humo, campaneo

de noticiar difuntos. Deja, terco,
precisa nota pampanera tierno

pajarillo asustado. Late lejos
ronronear timbales de los truenos
que se desangran, apagados ecos
fundidos en común entendimiento

de sinfonía cósmica. Al acecho
del matiz más pulido y mandamiento
de la ley que dirige con experto

pulso de libertad el gran maestro,
en arpa la Herrería. ¿Vivo, sueño?
Y soy un árbol más en el concierto.

(24-VIII-76)

QUÉ bien ordena el viento en la cuncta
hojas que revolase la tormenta
anoche de los árboles, ya secas
y tostadas al sol, con la cancla

que los verdes cansados transparentan
y luego tiñe en yerro, tal la muerta
sangre de toro que vierten capeas
bestiales en los pueblos por la tierra

que todo lo recoge y lo renueva.
Robles, castaños, fresnos que revenan
van aclarándose la cabellera

que ayer —¿quién mide el tiempo?— eran
preguntas al azar, a que contesta
heridilla que luce en la conciencia.

(25-VIII-76)



TODO preparación para el poema
bullente bajo duras incumbencias,
trabajos ajenados que le alejan,
desviaciones contra su tendencia.

Y por oscuros pozos, y por cuevas
asustadas por monstruos, bajo tierra
apisonada crudamente, piedras
ahogadoras de brutal materia

iza la levedad de sus banderas,
alegranza a los ojos, como yerba
que vuelve siempre abril, entre la niebla

que formas y colores funde y niega
un momento, que dicen las estrellas
contra tiempo la luz que pía y tiembla.

(26-VIII-76)



EL dolor borra el mundo, nos aísla.
Y más la culpa, cierta o presumida.
Y se nubla el paisaje que la víspera
o mañana darán justas medidas

de lo concorde, superadas, vívidas
congojas, las verdades o mentiras
que espantapajarean poesía.

¿Volveremos a ver o la visita

azarienta instalada de por vida?

¿De nuevo su color, ritmo, legítima
adecuación del yo consigo? Iba

el alma tan campante, que lastiman
los cauces aguas turbias, la tranquila
fluencia del sentir que nos decía.

(27-VIII-76)



HAN verdecido musgo los pretilos
del Jardín de los Frailes. No da triste
el sabor de la sangre, que se exprime
como fruto maduro. Nubes grises

muy bajas por la Huerta asordan tintes
exaltados al sol. Algo nos dice
más allá del concepto, en las matrices
tejedoras, que tal vez se avecinen

horas para las normas que deciden
en uno y en los otros, iluminen
maduraciones lentas y matices

ocultos en los tiempos. Y prosigue
el rezo de la lluvia, nos inviste
misterio de la copa a las raíces.

(28-VIII-76)

SUENO perplejidad y llanto, tonto
esperar que la niebla aclare el rostro
prometido que obliga al soledoso
a proseguir esfuerzos, tan más solo

que nunca fuera entre las gentes otro
pobre hombre que lleve sobre el hombro
un madero sin cruz que salve, loco
a quien no aguarda nadie, sin recodo

que muestre al peregrino último gozo
de ver la tierra prometida, dé a los ojos
el mínimo consuelo del retorno

cumplido, clausurado el abandono,
con la cruel conciencia de ser como
no justifica el ansia de los otros.

(29-VIII-76)



Sí, pecar por amor, incluso agreste
 relincho genesíaco y las simientes,
 o por medulas de gloriosa, ardiente
 llamarada, Quevedo de reveses

y de contradicciones y de alegres
 desgarraduras y tristes decentes.
 Maravillosa carne, ¡ay!, celeste
 carne, Rubén Darío, las mujeres

en única mujer, en la que tiene
 su cumplimiento el hombre, que los genes
 nos marcan el destino. Digo esc

don y duelo de amar. Y nos escuecen
 descabalados donde injustamente
 purgan culpas que no les pertenecen.

(30-VIII-76)



CON sus luces maduras que otoñecen
está cantando el patio su caliente
hora de plenitudes, tan alegre
de ritmo y de silencio. El rojo viene

por las adelfas que resaltan verdes
de los bojes lustrosos y perennes.
Las rosas, blancos, amarillos tenues,
los azules de seda transparente

la música acordada restablecen,
mientras el arpa surtidor conmueve
vientecillo serrano y les devuelve

el aliento a las flores, que se duermen
en su misma ventura, mientras huele
tierra mojada moras y septiembre.

(4-IX-76)

UNA página más qué importa al mundo,
un poema con gracia bien a punto,
un lienzo en luz eterna, noble surco
derecho y firme, el armonioso músico

silencio de los astros, pobre muro
transformado en recreo, cada uno
de los trabajos de los hombres, triunfo
de atención amorosa. Sí, mi bruto

gritador inconsciente. No ves humo
por mi verbo quemado ni de luto
mi posibilidad. Y lo que tuvo

mandamiento de ser resultó mudo
ahogo sin razón, talado pulso,
amor que debió ser y no lo pudo.

(8-IX-76)



HUELEN a pan reciente al sol los bojes
del Jardín de los Frailes. Dan las doce
de la mañana de septiembre, bronce
en las hojas caídas. Y se ponen

meditativos, serios los colores
sabrosos a sazón, nubes conformes
con el azul miniado que responden
cambiando de perfil según que sople

inspiración del viento. Tornavoces
de la pared insigne traen goce
comulgante al oído, confesiones

músicas de Soler, que dan al hombre
que soy precariamente viejos soles,
en el sabor del verso heridas nobles.

(10-IX-76)



¿CÓMO se hace vivir vida que vivo
entre carne y conciencia, si trasmino
palabras, humo, viento cuando digo
olor a huerta, Guadarrama nítido,

sensaciones que no dan algo mío
fuera de la mirada con que miro
ahora en paz, silencio, donde signo
eterno no saber, lo que limito

y me opera y transforma, porque escribo
metáfora de nada y guarismos
sin clave ni misterio consentidos?

Cierro los ojos, callo más mí mismo
y me entrego a las fuerzas que cobijo
flotando en ola intemporal olvido.

(11-IX-76)



GRACIAS, mañana y viento de septiembre
por tanta luz serena, inteligente
que trae un sorbo dulce de aquel siempre
cimentador de sangres, más recientes

brillos al conocer, últimos verdes
del ciclo que les dora, les convierte
en recuerdo y moneda hasta que llegue
la nueva primavera, si es que viene

para el hombre que sabe, por las sienas
plata vivida ya, pasado alegre
tiempo de mocedades tan infieles.

(Un cazarreactor firma con nieve
sobre el azul intacto, nos devuelve
al cotidiano límite candente.)

(12-IX-76)



DALE la mano y calla. Pon las siens
al pecho de la tarde. Hondamente
mira en sus ojos. Oye cómo huele
el campo con las luces que oscurecen,

lo que dice el pinar si le conmueve
respiración de Abantos al poniente.
Abrázate a la tierra madre, duerme
en su regazo miedos y se lleven

los ríos del pensar hacia la muerte
la barca donde gozas y padeces,
el acusado límite y sus fiebres

de libertad y entendimientos. Eres
eterno por ahora en la corriente
de nada a nada o de siempre a siempre.

(13-IX-76)





UNA punta de miel-melancolía
 sube la sangre hoy, que se enceniza
 el cielo de la sierra cantarina
 de verdiazul ayer y la piel iba

al sol en libertades y caricias,
 en plenitud de olvido, sin la hispida
 comezón de los límites que enfría
 el entusiasmo. Por las piedras pintan

ceños anubarrados. Adivina
 su contrapunto exacto nieve, rima
 asordinados tactos con heridas

aplazadas al fondo de los días
 que campanas de niebla reaniman
 aproximando más su lejanía.

(14-IX-76)



CANSADA va la luz de atardecida
de arrebolarse la sierra gris y fría
cuando amanece, ir a la campiña
a despertar los árboles, inicia

otra mañana siempre decisiva.
Menguan horas las rosas y los días
y la naturaleza y ensimisman
pasada la estación de la alegría.

Al color se le caen puras tintas
de los inicios... Y la luz reclina
su cabeza en el prado, aduerme, niña

a quien la madre noche vela, briza,
hace dulce silencio y compañía
y cubre con estrellas lejanísimas.

(18-IX-76)



MILAGRO sale el sol y no da gritos,
ufanía infantil, siglo tras siglo,
milenio tras milenio por el sitio
acostumbrado siempre, que lo vimos

sin variaciones desde cuando niños,
en la cenital hora, en el suspiro
del amor o del llanto, ya declino,
herida y gratitud, que nuestro río

casi divisa el mar definitivo
del sosiego final, tal vez explícito
lo que tapa la vida, oye el límpido

atender, necesita mi destino
de llamar a la puerta, al infinito
que no se abre, asume lo que pido.

(25-X-76)



¿QUIÉN de nosotros estará mañana
por este campo ahora con escarcha
y pedrería al sol que la consagra
joya perecedera, cuán más grata

a los ojos por eso, que rebaja
tanto la suficiencia? Las campanas
del monasterio echan su volada
a disolverse al tiempo que se agranda

por el campo con frío y madrugada
y se posa en los fondos y se agrava
de sugerencias melancolizadas

por esta hoja sola en esa rama
desnuda, temblorosa en la esperanza
de no caer aún, bandera grata.

(26-X-76)



HAY que velar atento por si viene
a visitar la gracia. Que no espere,
porque pasa una vez y nunca vuelve
adonde no se aguarda. Se detiene

para dejarnos paz, vestir alegre
el color de la luz, llover el verde
prado de la esperanza, sonar fuentes
en plazas del recuerdo donde juegue

el niño que sustenta al hombre. Huele
sus secretos Abantos coralmente,
el sentir de la sierra. Se estremece

en pozos de la sangre refulgente
lucero de la tarde. Pía siempre
el latido del tiempo por las sienas.

(6-XI-76)



YO sé qué lleva con unción la rosa
 recién abierta al frío de la hosca
 sierra y noviembre de amenazadoras
 nieves en cierne mientras se despojan

los árboles dorados de sus hojas
 por un viento inclemente y acongojan
 presentimientos por la sangre roja
 todavía de sueños, olorosa

de trabajos felices, ruseñora.

Complicidad me pide, porque nota
 que la interrogo con los ojos. Porta

lo que yo quise mío y por ahora
 protege y da calor, la mano honda
 hecha nidal y cuna del aroma.

(7-XI-76)



EL viento no me deja oír el río,
hace tremar el bosque, sumergido
en el centro de fuerza, bravo ritmo
en un crescendo que le lleva al grito.

¿O tras las ninfas sátiros, Dioniso,
la ebriedad de la especie, el himno
triumfal de amor y carne, los delirios
que desbordan las presas del instinto?

¿Dónde los pájaros de ayer, los grillos
campaneros, la platanoche, el brillo
de lunas carpetanas? ¿Dónde niños,

dónde mañana, dónde tanto inscrito
que se lleva en las hojas el destino,
oscuro soplo, con nosotros mismos?

(9-XI-76)



VELLORITAS serranas de noviembre
sobre prado con sol que retoñece
por las últimas lluvias con el verde
más recental y decidido, alegre

de finales que ostenta limpiamente
por la cima del ansia. Ya la nieve
ruborosa con luces de poniente
está en las cumbres donde nos advierte

fugaz tanta belleza que no suele
darse más, que mañana nunca viene
para sonrisas puras como ofrecen

florecillas humildes otras veces
despreciadas por rosas más solemnes
cuando abril era joven, cuando siempre.

(11-XI-76)



HOLA, frescor de nieve. A ti, romero
presentado en el aire, libre pecho,
mi devoción. Me traes pulcros ecos
de las infancias campesinas, tiempo

para fundamentar y por los huesos
se asentaba sillar conocimiento,
norma para después, ahora el luego
que ya pasó vivido y siento

en las espaldas, ocasiona versos
y trasciende apariencias pobres. Vengo
a remejer raíces del paniego

campo de ayer en hoy y tiemblo
gratitudes, que ya cumplido veo
lo que me justifica por el verbo.

(22-XI-76)



AGRIOS aromas del romero al frío
cruel del Guadarrama cuando al filo
de la noche se pone Siete Picos
azul y violeta, rosa tímido

en la nieve cimera. Dan los brillos
postreros de la luz que en un principio
formó todas las cosas y me vivo
con el silencio noble más conmigo

mientras Venus esplende, cristal lírico,
castamente desnuda, suena el río
interior por el tiempo del inicio

revenado y común en que consisto.
Y me siento manar eso divino
que me puede morir de tan cumplido.

(23-XI-76)

SIEMPRE ha llovido, pero me percato
ahora que me siento colocado
en el orden total, que vivo y canto
como fruto dulcísimo que hago

mío para delicia que no acabo
de concluir a gusto, dejar claro
el lenguaje del agua por mis manos
mojadas y preciso que soy algo

que de faltar daría en el costado
de la pena de alguien. Y comparto
lo que veo y entiendo y lo que traigo

en las zonas oscuras desde el claustro
materno que recuerdo como vago
deseo de morir entre tus brazos.

(30-XI-76)



LAS margaritas más abiertas juntan
sus miedos presentidos en la turbia
luz del amanecer. ¿Acaso escuchan
palabras en el viento que madruga

y trae decisiones que se ocultan
al oído del hombre? De la bruma
que se disuelve al sol emerge una
pradera alegre de rocío. Asusta

el caminante al pájaro y dibuja
signos sin traducción que apenas duran
relámpago en los ojos. ¿Qué pregunta

en mitad del sendero, limpia y única
la hoja en tierra dulcemente húmeda,
vegetal mano abierta que postula?

(4-XII-76)



1977





TE confundes, amor. La primavera
no es el buen sol de ahora que deshíela
un momento la nieve de la sierra
y se pone a cantar en el Aulencia,

vuelo de moscardón que se despierta
del sopor invernal, ebrio se echa
al azul cegador y no regresa
de la muerte acechante que le espera

por equivocarse tiempos la luz tersa
que todavía no tiene vigencia.

El primer beso brilla sin la pena

de las reiteraciones y sabiendas.

La rosa que anticipas, y su fiesta,
sólo tu corazón en inminencia.

(6-III-77)



AOVILLADO al sol, cuando la tarde
cierra los ojos y las sombras abren
flor de melancolía que se hace
buscada compañera, casi táctil

presente en la conciencia de la sangre.
Y pierdo las fronteras. Vivo late
el ritmo universal. ¿Quizá me llamen
de un momento a otro a regresarme

al original sueño de la madre,
se caiga la memoria, viejo traje
insufrible que fija? ¿Libertades

recobrar el no ser, incorporarse
al comienzo sin leyes insalvables?
Ahora estoy a punto para el viaje.

(8-III-77)



ESTÁ el espino en flor recién nevado
de gracia o mariposas con el blanco
festival del saludo más en claro,
asombro púber de primer hallazgo.

un susurro de miel por el olfato,
arrebujado en sol el terco marzo
en la sierra lejana, ya los pájaros
del esplendor en vuelo. ¿Quién ha dado

feliz orden al yelo para tanto
color como faltaba ayer, un cambio
tan poco razonable sin escándalo?

De la vida a la muerte sólo un trago
solo. ¿De dónde viene vino al vaso,
al aire tantas alas y tus labios?

(20-III-77)



HUMO sin fuego niebla de mañana,
abril reciente, hojas en las ramas
temblorosas, heridas despertadas
negras de yelo y muerte, las campanas

del monasterio locas, volteadas
por ventarrón salvaje, los fantasmas
viejos alucinantes, solitaria
la sierra, atrecido Guadarrama.

Y, de pronto, sin monte. La palmada
prestidigitadora nos restaura
en los ojos Abantos, pone, tapa,

descubre, transfigura, joven danza.
Y vuelven cervatillas y distancia
y tiempo voces niñas que nos llaman.

(5-IV-77)



AL olvido del cuerpo me hago tierra
de paz y campo. Viento y primavera
doran la sangre, ritman y abejcan
dulcedumbre de planta con apenas

asidero en lo físico y conciencia.
Al abandono que los ojos cierra
sobre ola de tiempo se me llega
un entender callado que me vuela.

Y renuncio a volver, salir de esta
hora de pleniluz y duermevela.
Latido con la tarde me consuena

y desisto saberme, inteligencia
en persona dolida. Por la yerba
del prado de las madres Dios orea.

(7-IV-77)



¿NO te puedes parar un poco, río,
descifrarme tu risa? ¿Son los guijos
los que te rompen y tomo por signo
de tu canción? ¿Estabas en los riscos

maternos olvidado de ti mismo
y lo que yo traduzco tu albedrío
es fuerza que te manda ser camino
que se vive al andar, llega cumplido

a la mar de los fines y principios,
nuevamente al origen para ciclo
que notará otro hombre en este sitio?

Bajo la piel el sol no quita filo
al repeluzno que descarga ritmo
y temblor en palabras que transcribo.

(8-IV-77)



PIRÁMIDES de olor ruborizado
ostentan pretensiones en lo albo
de fulgor abrileno casi mayo
las ramas florecidas de los plátanos.

En la tierra mojada graban pasos
misterio de los hombres. En lo macho
de la sierra cercana, los tatuados
signos de nieve que proponen algo

que no sé descifrar, año tras año
volverá a repetir experta mano
segura eternidad y sin cansancio.

¿O nunca entenderé si no traspaso
este barrunto para incorporado
con el tiempo y el verbo en Dios y barro?

(27-IV-77)



HAN venido los pájaros. Las jaras
llegaron de la noche a la mañana
con blanco de respuesta a las aliagas
de amarillo tenor. Lo rojo canta

sobre ocres de ayer como si nada
le costase el prodigio al que la gracia
dispone sorprendentemente. Danza
su estatura la yerba. Dan las zarzas

su ternura reciente, la temprana
silueta de sus hojas en la rama.
El gris de piedra de los troncos alza

bandera verde a vientos esperanza.
Y por la sangre se deshíela tanta
nieve con que los años nos agravian.

(30-IV-77)



ALADO peso o la raíz nos tira
hacia la tierra como la semilla
debe soñar con entregarse, íntima-
mente luz sosegada que titila

en la estrella y se dice, como mira
el niño y nos inviste de sonrisa
al pasar para gozo, agradecida
la memoria, que sí, que sí valía

ofrecerse al hervor de tanta vida
que nos grabara son en las heridas
por azaroso tiempo. Así se inclina

alabeada rama agradecida
con su cansancio maternal. ¿Avisa
qué decir, el dulzor que se avecina?

(1-V-77)



TE reconozco ahí, melancolía
de la tarde que cierra la delicia
de haber vivido un día más, un día
de remansado pulso mientras mira

aparecer, lejana, Venus, fría
luz sin cansancio, el otro que nos dicta
amor por dentro —voz ¿a quién debida?—,
a olas encrespada rebeldía,

presencia que no acabo de ver nítida-
mente, sin rostro repetible. Iba
a derramarme la tenaz sangría

de preguntar con causa por la misma
desazón sin respuesta y alguien chista
para que el buen silencio nos bendiga.

(7-V-77)



EN el saber estar las amapolas
sin temor alzan señas de luz roja
en esta primavera que se encona
por el hondón humano, que nos sopla

vendaval violento, llegan olas
de muertes juveniles a deshora
por la esperanza de las españolas
gentes de trabajado duelo, rosas

con esfuerzo diario. Y se sonrojan
en la pradera sobre verde estrofa
de yerba eterna por la sangre moza

que llueve el Norte de la pena, ronca
la palabra de amor, mientras asoma
un lagrimado rostro entre las sombras.

(14-V-77)



DESCUBRO cómo quiere el viento al árbol
ahora que acaricia con su mano
la percutida piel por los trabajos
y días inclementes. Está el prado

tendido cara al cielo, azul y mayo,
en su verde presente eternizado
en este vallecillo con piados
arroyuelos que cantan el encanto

mientras el sol consuela por los agrios
roquedos, musgo y frío por los cantos,
el paño del invierno desplegado.

Y se esponja la tierra donde llamo
a la palabra que me expresa el claro
manantío por tiempo sazonado.

(15-V-77)



DIVINA está la tarde, tal entonces,
la mano tibia de la madre, nombres
oídos por primera vez, acordes
perdidos que dejaron sin sus voces

originales a las cosas. El sol pone
a lucir en las plantas los colores
pulidos por la lluvia, que recorren
su sabor al misterio. Saca sonos

al robledal el viento, los que oye
la sangre cuando afina sus razones.

Y los recientes pájaros responden

al corazón tranquilo que conoce.

Y nos prenden al paso hermanas flores
anónimas nostálgicos adioses.

(16-V-77)



YA te han puesto de largo, primavera,
aunque lloras o llueves y te quedas
con los brazos llamando, boquiabierta
al tibio sol de mayo por las trenzas

y te sofocas de amapolas hechas
con el rojo subido a las banderas,
y más flores azul niño de escuela
y no sabes si sí, si no, que titubeas

entre blancos y verdes, la pradera
con velloritas asombradas, sendas
humedecida carne de doncella,

seminales tirones de la tierra
y llamadas de olor que pajarea
por el cauce del verbo algo que llega.

(17-V-77)



SÁBADO con celindas colegiales
y seminal olor a niño y panes
recientes, maremotos por la sangre
ruiseñora que no acaba de darse

cuenta cabal de que la luz le cante
en colores que riman con las claves
despiertas, con la tierra que se hace
sonreída de heno, sofocante

el cielo anubarrado, ya la tarde
ribeteada noche, con el ángel
silencio que nos hiñe y retrotrae

al magma original y libertades,
al sueño de la piedra, de la madre
sin límite que duele por la carne.

(28-V-77)



¿A quién, decidme —¡eh!—, a quiénes digo
que se me está muriendo el claro hilo
de agua, vengan a salvar al niño
que ya no suena su reír tranquilo

en la tarde serrana, cuando el frío
pasa de recogida; que los píos
de los pájaros nuevos han venido,
puesto flores al campo, los caminos

llevan a la pareja al paraíso
de los besos amantes, sabe el vino
en otras bocas el zureo antiguo

y panal de la especie, iguales gritos
triumfales genesiacos alzan mitos
solares por la patria de los hijos?

(29-V-77)



TANTO mirar atento tantos años
ha traído sabor al mes de mayo
tardío y milagroso por los campos
que vienen a la flor con el retraso

de la sierra con nieve destellando
al sol tímido y luz como de cuarzo
pulido con paciencias y trabajos
de monje medieval, engalanado

el junco alabardero, sin desmayo
ese verde galán del fresno, el blanco
adioso en la jara, cielos altos

de azules iniciales, afinados
con la sangre y la idea, con el canto,
lluvia de gracia voladora y pájaros.

(30-V-77)



¿DÓNDE sonido que desanudaba
mis dudas revoltijos? ¿Dónde agua
del venero serrano, son infancia
que nos traía al gusto lo que mana

en las pozas del ser, lo que se alza
a vuelo por la sombra a la palabra
más inocente y libre? Sí, me falta
tu pregunta de luz huida, ¿hasta

cuándo, serena melodía? Nada
me recompensa no tener tu clara
presencia rumorosa, si las ramas

den consuelo a los ojos que se gastan
de mirar y no ver, a tiempo y lágrimas.
Ausencia de tu diálogo desangra.

(31-V-77)



LAVADO con silencio y compañía
de los árboles mudos, con su viva
presencia alrededor. Sé que me miran
con los múltiples ojos de la dicha

verde del nuevo ciclo que se inicia.
Enjoyadas de sol rocas amigas
por donde cruza pulso y legítima
circulación del mundo, la sanguínea

corriente universal. Soy de la misma
condición de los siglos que palpita
en todo, trae formas a la vida

que cambia, continúa, multiplica
en el pasmo constante que me dicta
el recado de tierra que le diga.

(1-VI-77)



SIN ababoles rojos Herrería
y ya llueves otoño, se te agrisa
la frente, primavera casi niña
por estos aires de la serranía

caprichosa y azul, cuando camina
a plenitud el vuelo y se maridan
los olores del monte y las semillas,
y los nuevos amantes abren días

y futuros de oro, garantizan
que no todo se va si se termina
el tiempo, si nosotros en orilla

eterna del olvido. La fatiga
de tanto amor y fuego necesita
que no mermes un sorbo de sonrisa.

(2-VI-77)



LAS amapolas fieles a la cita
de la sazón alzan rojas insignias
de sangre puesta al sol y de alegría.
Aún las puedo contar, puestas en fila

ribazo del arroyo que se ahíla
para mecer mejor la gracia niña,
contrapunto al silencio. ¡Cómo miran
con sueño del camino, todavía

sin costumbre de estar, no bien sabida
la lección de vivir, siempre distinta.
También para mí gozo primer día

anual de mariposas o sonrisas
volando tiempo que no tiene prisa
en traer el verano a la Herrería.

(4-VI-77)



CAMBIARÁ, porque suenan las campanas
del monasterio a lluvia en la distancia
según sabiduría que declara
el pueblo de uno en otro y acompaña

la rueda de los siglos y las savias.
El sofoco se adensa, cunden ansias
de respiro de pez puesto en la barca,
el calor enfebrecer las agrarias

tierras, las nubes caen, un fantasma
de ceniza confunde todo, engalga
el latir ahogado en prisa, hasta

que un empentón de viento pone en danza
la yerba en la pradera y se proclama
en mil voces la fresca voz del agua.

(5-VI-77)



¿DÓNDE estabas ayer, mata cerrera
que apareces de pronto, me presentas
tu llama azul y vistes de sorpresa
alegre mis andadas, me libertas

luz en los ojos doloridos, echas
esperanza a la lumbre, me despejas
de nubes la sonrisa, haces buena
la hora, flor humilde, compañera

del pío de los pájaros, la estrella
que luce para alzarnos la cabeza,
la fontecica todavía fresca

en la palabra que tiznó la pena
y quería menguarnos la belleza
del mundo, lo peor única regla?

(9-VI-77)



EN el lenguaje universal del campo
apaciguo el anhelo donde ardo
por alumbrar conciencia útil, hallo
buena respuesta que desata lazos

al ahogo del cerco de lo humano
tontamente difícil, en el vago
olor rosal silvestre, leve blanco
que flota al sol de tarde incorporado

al aire con saludo de los pájaros
que no saben volar aún, el vaso
de perfume sabrosamente agrio

de tomillos, romeros y mastranzos...
Y me siento en el ritmo que me trajo
a persona, con todo consonando.

(10-VI-77)



EL monasterio no se precipita.
Está fundando en pura geometría,
correlato fraterno de las mismas
raíces del amor, las sensitivas
formas humanas, de la femenina
hermosura, «las mismas aguas vivas»
de lo siempre creante con que ritman
el color de habla muda, por la música
el palpito de oscuras profecías
que se hacen paz y beso e iluminan
dulcemente la noche y la fatiga,
el misterio solar de las semillas,
mano en la mano amada y la sonrisa
que proclaman el orden de la vida.

(11-VI-77)



GRIS ahondado a luz ceniza tenue
la piedra monacal del filipense
monumento con lluvia recia. El verde
jugoso de la yerba se aterece

al frío de las ráfagas de nieve
destemplador de junio y anochece
el Guadarrama románticamente
grecotintas revueltas que sumergen

la carne en su naufragio más urgente
conmovidos los posos más rebeldes
y sin salida. Cae el agua terne

retrocediendo tiempo y se estremece
el fundo racional... Pasan los trenes
rayando miedo y sombras del poniente.

(12-VI-77)



YA están aquí las flores del más blanco
zurbaranesco conventual —verano,
aliento turbador—, el óleo magno
ungidor de la carne, temblor casto

expectante, los vientres coronados
de maternales sueños y de partos
continuadores. En el aire pálpito
de agutimbre solar y son agrario,

el grito seminal del entusiasmo
contenido por brotes del pasado
que muestran que nacer es primer paso

de plenitud, pero también de tránsito.
Y la piedra, que suda el frío largo
del invierno sonríc luz y pájaros.

(17-VI-67)



EL aire es una lente de limpísima
transparencia que acerca lejanías.
Trae al ojo nublado luz amiga
magnificando formas que veía

en humo sin perfil, hace más nítidas
fronteras de la flor, su melodía
en el silencio azul donde se inicia
respuesta congruente y sensitiva

que proclama contento, significa,
nos acendra colores, hace íntimas
distancias increíbles, acaricia

la piel y nos refresca las heridas
que tatúa vivir en la fatiga
donde tiempos y llanto nos achican.

(18-VI-77)



LADERA alta de Abantos hay cantueso
 para coronar manos de consuelo,
 y la tardía jara floreciendo
 últimos blancos de presente ingenuo.

Del lado más cordial el riachuelo
 en la roca pulida de contento
 del mundo da conciencia a los recuerdos
 originales, cuando aún el tiempo

era primor sin mancha ni desprecio.
 Aquí, piedra en la sierra, es el momento
 de volver a la fuente. Suena dentro,

rincones de la sangre, postrer verso
 fundamental, fluir el abejeo
 que pecorea su riqueza al verso.

(19-VI-77)



SALUD al Escorial de los canteros
—¡quién pudiera ser uno de los vuestros!—
laborantes de amor, los que erigieron
la piedra bruta al máximo respeto

de la razón, a la pesantez vuelo
milagrearon para buen ejemplo
ofrecer al que mira, permitieron
hacer del roquedal brumoso centro

humano de atención y sentimiento
y nos ponen en pie y al esqueleto
le arde en las medulas pajareo

de gratitud y comunal festejo,
que lo amorfo sin rostro logró cierto
perfil para memoria de los tiempos.

(20-VI-77)





DISPUESTA por el sol al sobresalto
 caminar sin sosiego hasta dar saldo
 final sin fin en mar desde picachos
 de nieve y sueño. Aquí posas tu canto

delante del yo-hombre. Luce cano
 el tiempo por mis sienes y me callo
 lo que te pararía el pulso, el paso,
 agua ingenua que vas a lo ignorado,

a lo que cumple en detención, al trago
 de la última cita, si es que algo
 acaba sin retorno. ¿O mero cambio

que presenta a los ojos el engaño
 de lo mismo en lo otro? Voy turbado
 por ti, que no te sabes, río manso.

(24-VI-77)



SI vivir el durar sin aventura,
sin cambiante sorpresa, sin ninguna
inquietud aun con miedo, sin la última
pulsación y regreso a lo que nunca

esperabas, entiendo lo que mustia
de monótono igual. Ayer la súbita
presentación del mundo, una a una
nuevas alrededor: la primer lluvia

en esponjada carne, cómo nubla
el cielo hace un momento azul, enturbia
el agua serraniega, se conturba

aire sobre la piel y desanuda
el grito rojo y loco de la angustia,
ya todo mayo ido por las primulas.

(25-VI-77)



NOMBRAR es poco más el aire sobre
la roca ensimismada, los colores
a la mirada ciega, lo que rompe
de la ola en la playa y no responde

a pregunta ninguna. Digo nombre,
un sonido vacío, y no te pones
aquí ahora mismo entre los nobles
árboles verdes, mientras huele el monte

cantueso y libertad, me reconoce
la breve mariposa en vuelo torpe
que abanica mis ojos, por los goznes

de los huesos alegran resplandores
que la vida consuelan, dan entronque
con lo que me descubre tiempo insomne.

(26-VI-77)



SI faltase la hormiga trajinera
incesante que sube por la piedra
donde miro en asombro, la cabeza
la malva no inclinase a quien contempla

y no hubiese silencio que refuerza
la paz o la armonía, las abejas
no fuesen y viniesen en tareas
de dulzor para luego, ni las sendas

diesen inicio al beso y la pareja
que pasa, mano en mano, no tuviera
el paraíso en sí, lejos tristeza

de conocer, que cumple y desintegra,
y no sonara al fondo el agua buena
para la sed, ¿para qué tanta pena?

(27-VI-77)



NO dirás el paisaje si no dices
este calor sobre la piel, los múltiples
vuelos de los insectos, lo que insiste
para que lo requieras y se inscribe

en el centro del fondo que te sirve
para la fundación en que consistes,
aunque luego reduzcas lo que vives
al remedo de algo que le dice

poco al que no lo vio, no signifique
nada fuera de ti, palabras grises
no consigan su fin. Ahora escribes

con sabor en los labios de ese triste
rescoldo que el amor deja al cumplirse
en el ¡ay! de unos brazos sin morirte.

(28-VI-77)



UN dios provisional que va a la muerte
me vivo en el instante. Me parece
que soy igual a mí, que me contiene
una luz o conciencia que se entiendo

y mira sin temor el viaje alegre
del río de las horas, si presentes
otras fechas de torpe estar sin serme,
como cosa sin verbo. De repente,

tal un golpe de viento por las sienes,
que se melancolizan, van y vuelven
del rostro en alegría refulgente

a lo que se confunde y se sumerge
en la sombra que llega mansamente
y nos quita el perfil y nos disuelve.

(29-VI-77)



LO que deseo en el amor la piedra
cumple en la gravedad, donde se encuentra
asentada en afán eterno, llega
a conocer su perfección y vuela

valida por el hombre que la entrega
de lo informe a distinto, la liberta
del anónimo risco y nos acerca
al pasmo y comunión de líneas, fuerzas,

tensiones y armonías que concuerdan
con la sangre que sabe, con la yerba
fiel a su condición y la verdea...

(Crece el hervor de ser y se refleja
en la piel el paisaje que retiembla
la brama seminal de la tormenta.)

(30-VI-77)



SE me sube el momento por la sangre
al corazón, bebido de la tarde
serena, azul y rosa roquedales
del mozo Guadarrama que me sabe

a chortal de silencio. Por la carne
olores del cantueso, los rebalses
de tomillo y romero. Caminantes
por el concepto sacan paladares

de aceite, pan y vino, de los antes
que viví con la miel y me renacen
zureo palomar de mis verdades.

Y me siento decir las terrenales
llamadas a ser árbol sobre el valle,
ensimismada piedra de paisaje.

(3-VII-77)



SUFRO con las tensiones de mi cuerpo
tal el árbol herido, tronco muerto
que cruje porque campa en sus adentros
humedad o calor o muda el suelo

de rostro con la lluvia, tiene gesto
cambiante la pradera cuando el viento
sopla de Norte o Sur, remueve lejos
mandatos la energía y su misterio.

Encojo o me dilato por los huesos
como la piedra que se abre al fuego
o se duele la sierra por sus nervios.

Y varía la luz, es otro cielo.

Y se me nubla el ser, relampagueo
materia que rezonga con el trueno.

(7-VII-77)



¿ESTÁ el rosal en flor y las abejas
en amor por el vuelo? Cuando sueña
la fuente su canción, ¿qué nos liberta
de contenciones por azar impuestas

o normas infrangibles? ¿Qué me llega
en un aire cargado de inminencias
que remueven los fondos y me alteran
conscientemente para mejor brega

que no se calma mientras no completa
en comunión o verbo, ley expresa?
Revuelto como el tiempo me doy cuenta

de que no puedo contra la materia
que me conforma. (Algo desde fuera
hace en mis nervios dúo a la tormenta.)

(8-VII-77)



¿DÓNDE la soledad para que diga
su miel el verso y crezca la sonrisa,
la palabra dé luz, lo que colinda
con el resto del mundo profecía,

el poema resuelva su fatiga
en algo que entregar? ¿Por qué la prisa,
esa mano implacable, nos incita,
empuja por la espalda contra esquinas

amargas, ruido al ruido, a la deriva
en la corriente sorda de los días
impuestos y trabajos que no riman

con la necesidad? ¿Por qué me obliga
una cierta esperanza que me asigna
nota propia en la inmensa sinfonía?

(10-VII-77)



ME da lírica el aire serraniego
—materia y ebriedad en un concepto—,
tácita voz del monte que resueno
en los pozos del ser, un borboteco

del hervor impreciso del sosiego
que me devuelve oro de recuerdos:
niño desnudo y río de mi pueblo
descubridor del mundo en los perfectos

sonidos invisibles, voz y vuelo
que no sabía bien si más que sueño;
y la gracia auroral de los insectos

decorados por Dios; y los fermentos
y las maduraciones de lo eterno
en la carne, las viñas, los pulpejos.

(15-VII-77)



ESTE olvido del cuerpo y la fatiga
no se mantendrá luego, ley de vida
que se cumple muriendo contra aristas
protestas y razones que declinan

para dar paso a la inmortal justicia
que presente, si duela, la cautiva
llama que nos consume e ilumina.
Tendré lo que rechazo y no me explica

de modo suficiente nada. Rima
ahora con mi sangre melodía,
violines de abejas, amarilla

luz en ginesta, agua que recita
ladera abajo, deja la noticia
de que del otro lado alguien nos mira.

(16-VII-77)



LA carne quiere sol y lluvia y besa
en la carne de amor que complementa,
achica soledad, que da y se entrega
y busca prolongarse por la tierra

que es, con la semilla y la conciencia.
Igual que los enjambres se aparean
en un vuelo sin mancha, la pareja
humana sin pecado va a la inmensa

llamada del instinto que bucca
aguas de siempre-ser, cuando se impregna
de jugos del futuro, de la herencia

de los dioses patricios, si despeña
del milagro a los límites la fuerza
fecundadora que nos funde y sella.

(17-VII-77)



Y no saber tu nombre da vergüenza,
florezilla campestre que te alegras
a mi paso, te pones la más bella
desnudez de colores y cimbreas

talle tallo, insinúas. Y contenta
haber visto en anónima y eterna
pulcritud proponernos evidencias
del origen común. Sí, me recuerdas

memorias ya perdidas y la regla
de perfección cumplida. (¿Quién me sueña
entre dos luces de la tarde y sierra?)

Sí, nos han presentado en otras tierras
que yo no sé, y vivido: cuando era
en el día inicial de la materia.

(18-VII-77)



AQUÍ naturaleza ya cultura
porque ha pensado el hombre, porque escucha
otro hombre en el aire lo que anuncia
el verbo del misterio lo que anuda

ayer, hoy y mañana y hace una
pulsación en el todo, tiempo y nunca,
y pisa mil caminos en la única
pisada que le dice, la que funda

su origen en los otros, continúa
y transmite la luz, nace la música
—agua disertadora por la piedra—, busca

y halla antecedentes y rezuma
la soledad de campo y noche y luna
sentido que la brisa nos conturba.

(19-VII-77)



DESPUÉS del tormentón, ¡cuánta frescura
de colores despiertos que la duda
de los ojos a luces inseguras
presiente más que ve, aún oscura

la bóveda del cielo! Una a una
gotas de arpa en charcos. Y sahúma
olor sierra mojada que comulga
del vaho de los pinos. Y se escucha

el agua, apresurada turbamulta
por torrenteras que nos desdibujan
los tenues senderillos y conjuntan

sonidos pajareros que perfuman
presagios de la carne que la lluvia
propone al torcedor de las preguntas.

(23-VII-77)



MÁS que temor, asombro de los truenos
contra el frontón de Abantos, peloteo
cósmico que restalla con un seco
trallazo percutiente por los nervios

de la sierra y del hombre, aumenta el eco
que electriza tensiones por el cuerpo.
Instantáneos relámpagos coléricos
lividecen la piedra al monasterio

mientras llueve iracundia, tañe el viento
las campanas tumbales y más bello
de grecotintas angelea el cielo.

Y crece la tormenta, timbaleros
pedriscadores aceleran tempo
hasta el grifo final, nudo deshecho.

(23-VII-77)



AHORA mediodía de las malvas
de julio junto a campanillas blancas
que alegran el sabroso encuentro, cambian
el paisaje sabido, pinceladas

únicas con los verdes que restauran
silencios y sonidos. Tiemblan alas
de mariposas puestas en las plantas
equivocando flores. Casi nada

el toque insinuado, mano sabia
que nunca se repite. Y se nos pasa
de ayer a hoy, inicia nueva página

el tiempo amonedado. Subo lágrimas
comulgantes bodega de las ansias
de no pasar o de volver mañana.

(25-VII-77)



JARA y cantueso cuando el sol esconde
 dan presencia al sentido, inscriben voces,
 atesoran en sangre, hacen del monte
 prolongación humana viva, gocc

y terror descubierto por tirones
 que hermanan al origen de los nombres
 y los astros, la luz, la tierra, bronce
 de norma y libertad, ser que conoce

lo que ignoran las cosas —y se ponen
 a decir lo mandado—, de los soles
 al infusorio, ajenas a dolores

de conocer-amar, ¡ay!, don del hombre
 que se vive la muerte propia. Sobre
 Abantos Dios-silencio tiembla olores.

(25-VII-77)



LUZ de que va a llover y de septiembre
con aire friolento y julio. Viene
tristeza al corazón, amarillece
el campo granazones y simientes,

afina rosa y malva adolescente
sus crestones Abantos, que se ofrece
como joya imposible. Se disuelve
melancolía en la conciencia, alegre

otras horas cumplidas en la fiebre
juvenil de los mostos, un creerse
eterno en los instintos. Mas las sedes

de vivir no remiten, que se bebe
todavía con ansias y la fuente
publica las preguntas de la muerte.

(27-VII-77)



EBRIAS de juventud y de apostura
estas flores en flor que nada escuchan
mandatos de la especie que les nublan
el mundo, castamente van desnudas

o muchachas de agua, igual que música
sin carne y con presencia, que promulgan
la condición angélica, perfuman
el sueño con verdad y preanuncian

asunciones a luces que no mustia
el tiempo y perfección redonda, última
y desazonadora voz oculta

en niebla original. Y nos disturban
rumores fontanales las medulas
que dicen sin decir lo que no duda.

(28-VII-77)



SE cumplen los presagios que decía
por la carne alertada la noticia
ahora sucediendo. Lluve fina-
mente octubre serrano, se anticipa

el tiempo por la piel donde tiritita
presencia de la nieve, si cobija
calor de julio por las nubes, tintas
de plana colegial el cielo, brilla

tras los cristales niebla que arracima
algodones fantasmas de la grifa
del Abantos cambiante, la resina

coagulada lágrima, amatista
de Guadarrama y nobles cresterías
con sol convaleciente y profecía.

(29-VII-77)



DE tanto asentimiento y síes torpes
como vendaval bruto les impone
temo por la gran gala de las flores
más humildes y niñas. A la noche

la cabeza dolida y despelote,
los pétalos hollados, los colores
con palidez y susto, imitaciones
desgraciadas de sí mismas, el orden

alterado por duras invasiones
de frío subversivo, rudo Norte
desafiando límites y dioses,

prisión de la materia y de los hombres
para quién sabe qué, que no responde
nadie al escalofrío que nos rompe.

(31-VII-77)



EN la brama de julio con agosto
viento polar ha derrumbado el soplo
del verano que cumple con el horno
de Santiago y Santana, puesto el rostro

del campo con encro, falso el tono
de tintas, que aterecen, ronco
el olor, retrepado en tibios cómodos
cuarteles del invierno. Queda sólo

la fuga de las hojas, alboroto
de bien peinados fresnos en asombro,
flexibles yerbas abatidas, roto

el perfil de los días, sin el gozo
de mariposas, pájaros o novios
por las sendas que saben cuándo y cómo.

(31-VII-77)



VAHO de manzanilla trae oro,
pampanero limón de cuando el corro
en la plazuela de las niñas, soplo
de mariposas verdes. Llega mozo

olor de los cantuesos, aire esposo
para matrimoniar nostalgias, colmo
de silencio ahondado por el chorro
del agua atardecida. Pintan rojos

del poniente mañana viento-agosto.
Los pinos y las jaras en su diálogo
de amarillos primores y sabroso

significado sin concepto, asombro
y angélico temor, que toca fondo
el hombre que me siento y me conozco.

(7-VII-77)



EL día complacido en su perfecta
plenitud y concordia, en su presencia
cumplida, azul y oro que calienta
por la piel y comprende, que se mezcla

con razonar de la intuición —poema—
y libertad de pájaro que vuela
sin saberse atenido a fuertes reglas
que le aseguran en el gozo, lentas

las horas que no acaban y no empiezan,
abolidos los límites, conciencia
que se sabe y entiende, se recrea

en sí misma, se iguala con la inmensa
perfección en el orden que nos lleva
a creador creado y la simienza.

(8-VII-77)



ESA hoja cumplida en la corriente
remansada un momento, reemprende
en la mano del agua viaje alegre,
y se estira, tal niño que amanece

en paz y va a la madre, me promete
final feliz. Mas el vilano feble
que acaba de volar del cardo, mece
su gozo en el azul, adiosa leves

saludos a los ojos, recrudece
el peso de la sangre, me requiere
también dormir, flotar, desvanecerse

sin derrocadas formas y reveses
pudriendo por la carne, tan consciente,
vilano, hoja cumplida hacia su muerte.

(10-VIII-77)



ME desanilla ahogos y tristeza
el susurro del aire que me orea.
El sabroso silencio recupera
razón, devuelve sed y me sosiega

de combatidos versos y conciencia
si no logro concordia y la materia
se acogaja a la carne y me derrenga,
y se estanca la sangre y por la lengua

rasposo barro de saliva seca,
el paso ebrio, la mirada tensa,
huracanado el grito de la bestia,

el vino repuntado, las internas
cocciones inclementes y se entrega
el pobre animalejo que nos lleva.

(11-VIII-77)



ROBÉ una rosa que me robó el viento
me viene a la palabra del soneto
que no pensé escribir ahora. Pero
un mandato me fuerza, y como creo

en el azar, y más en el secreto
que nos implanta vida y nos da versos
y nos trae y nos lleva con el tiempo,
escucho su recado y me contemplo

amanuense de voces y deseos
razonando intuiciones por los sueños
que están en mí por no sé quién dispuestos,

digo lo que dictaron los adentros
cuando perdí la flor y encontré luego
en tus labios la patria de los besos.

(16-VIII-77)



QUÉ cruce de llamadas y misterios
 y de contradicciones en el cuerpo
 inevitable, tan presente al seso
 que se advierte en sus límites y riesgos

y sin el que no somos, por el verbo
 que no saca la luz de lo bien hecho
 y consonando en sí conocimiento
 y libertad y superados miedos.

No acaban de dejarnos el silencio
 y retener figuras al espejo
 y descansar en paz, duro careo

implacable que afluye llamamientos
 de los sentidos a lo otro. Y pierdo
 lo que venía revelado tiempo.

(9-IX-77)



FECUNDA soledad cuando escogida,
que nos presenta al verbo y a la tinta
el orden de lo múltiple, divina
razón igual a sí, cuando advertida

en núbil desnudez la melodía
que continúa, la que significa
y da sentido cierto de la vida
con que nos encontramos... La cuartilla

agraciada por esta mariquita,
gota de rojo y vuelo que me libra
asombro y gratitud y me ilumina

el rostro pensativo, da sonrisa
y me deja un instante de tranquila
conciencia en la quietud de la campiña.

(10-IX-77)



BARQUILLO casi tierra ya las hojas
derribadas cumplidas, la derrota
de los cuerpos al sol, la melancólica
reiteración de nuevo que nos rotan,

criaturas y tiempos con las rosas
que pasan unas leyes siempre sordas,
nos ponen y nos quitan, en la boca
llamean besos o blasfemias, hora

tras hora sin cesar, hacen historia
de nuestros gestos, resonante, anónima.
Amarillece el campo. La luz toma

un decir friolero que se arropa
en el atardecer, mientras nos sopla
el árbol de la carne la congoja.

(13-IX-77)



EL pinar tiene alas con el viento
cuando en el lubricán, violonchelos
lejanos que se acercan *in crescendo*
y nos inundan, nos proclaman centro

del prodigio, se van, dejan silencio
más poblado de sed, atacan luego
otros temas perdidos, otro tiempo
frutal del corazón, levantan vuelos

y voces por los aires del recuerdo,
y traen a los labios el proyecto
que fuimos para hoy en el comienzo

de confundir las fuerzas con los sueños.
Y cerramos los ojos. Y de nuevo
la patria de la madre, de tus besos.

(1-X-77)



SE me perdió el arroyo. Por orillas
verdeantes ayer, flotan huidas
para mí que lo sé, tales noticias
que refrescan presencias, amarillas

hojas que por la sangre precipitan
los árboles del tiempo, la resina
del pinar lagrimada, la voz mínima
del viento por las copas, aún más limpia

o madura la luz, la serranía
meditadoramente recogida
en un silencio vivo. Manzanilla

sin pétalos, en oro, nos recita
su perfume pequeño. La sonrisa
cura racimos de melancolía

(2-X-77)



LA niebla algodonece los sonidos,
les quita nitidez, lo sensitivo
asorda, opaca el tiempo y el sentido
trae sueño confuso, no estar vivo

ni muerto, la nostalgia del camino
que se recuerda vago y concluido,
un flotar que despierta más el filo
de lo lleno de humo y desvaído

y no lograr salir. Ahora el frío
cala de soledad la carne. Miro
sin ver en derredor. Han escondido

el mundo, sus perfiles. Suena río
afelpado a la espalda, sin el sitio
que tenía la luz, en flor olvido...

(16-X-77)



LA llama rubia de los alamillos,
candela de los muertos a los vivos,
arde recordatorio del inicio
del invierno serrano. Vuelve el río

a cantar con las lluvias que han venido
y retoñecen verde los pradillos,
y los fresnos revenan en el limpio
aire, alegranza al ojo, más preciso.

Aquí se cierra por ahora círculo
inexorable en mí, abierto ciclo
en la naturaleza, lo infinito

que no concluye, como yo. ¿Prosigo
a la nada sin vuelta, a ningún sitio
o veré la razón de mi principio?

(29-X-77)



APENAS quedan flores al paisaje
del octubre concluso, aún más grave
por la piedra ceniza que le sale
a la cara. Las nubes van de viaje

y metamorfosea el viento. Vale
sorpresa a la mirada el verde suave
que enfría el amarillo más infante
que recuerdan mis ojos. Dios te salve,

maravilla sin nombre que me nace
rubores de ignorancia por la sangre.
¿Cómo pagar al campo, qué dejarle

a cambio de su don? Por el ramaje
dorado del poniente, sol de tarde
zurea las nostalgias de la carne.

(30-X-77)



HE cortado una vara de romero
con escarcha joyosa del invierno
y tiritado verde y flor de cielo
de primavera núbil. Frío huelo

en la rama esbeltísima, con lejos
escondido en el tallo, esmalte a fuego
enfriado en la noche casi yelo
del noviembre serrano. Lagrimeo

al sol penden las hojas, al consuelo
caliente de mis manos. Y regreso
el perfume que vuela otra vez vuelos

del principio que somos y recuerdo
en la tierra que voy, en lo que siento
convivida presencia de mis muertos.

(1-XI-77)



TIENE frío la tarde. Se jaspea
el azul con blancor de nieve. Secas
hojas esparce el viento, la canela
potenciando los verdes que le restan

al otoño en los pinos y laderas,
en el pradillo último que juegan
los niños pajareros. El sol ciega,
bajo, en el horizonte, con tristeza

de amarillo sangrado que supiera
lo que soñara ayer, lo que amoneda
después de lo vivido. Por la tierra

de los senderos sin hormigas, huellas
de caminantes mujer-hombre. Tiembla
lágrima Venus en la noche inmensa.

(13-XI-77)



UN sol con luz confusa, rostro enfermo
y sin fiebre, caído a ras del suelo
alarga sombras ahiladas. Yelos
en charcos embarrados, turbio ccño,

llagados con sus filos navajeros
instalan tiranías del invierno
que no transigirá durante tiempo
descomunal inacabable. Incendio

de las hojas podridas, humo denso
de sus fermentaciones. Desde lejos
raíces y medulas dicen miedo

a la razón, derrocan los conceptos
que fundaban el mundo ayer. Y yerro
perdido por el bosque de los huesos.

(26-XI-77)





1978





DESPUÉS de la sevicia del invierno
y tanta destemplanza por el cuerpo
—tal si los temperados instrumentos
flojos de afinación, torpes de *tempo*—,

encogida la carne, pensamiento
engurruñado en sí y el esqueleto
desenquiciado, al aire el fundamento
sin arraigo en la roca de lo cierto,

los fríos de cuchillo en apogeo,
la sangre sin corriente, ardido fuego,
derrotadas canciones, torna viento,

oreada tibieza para vuelo
de prolongadas alas... Y despiertos
anticipos en flor de espino leo.

(21-III-78)



UNA hebra de agua, un respunte
que platea y se pierde y se resume
en un sonido niño que nos funde
a lo alto del gozo, juega a nube

en el azul de libertad que fulge
en formas inestables, se confunde
en sí misma, recuerda que se cumple
en el tesoro que nos constituye

persona o gratitud. La tarde núbil
de primavera y verde nos asume
a la gota del tiempo que nos une

a la corriente seminal, resumen
de la materia madre que nos urge
un momento conciencia y se diluye.

(16-IV-78)



DON Felipe II, ¡cómo luce
 la sangre roja flor cantando púberes
 labios de plenitud y abril! (Y pudren
 las grandezas.) Los besos aún más dulces

que mandos imperiales que destruye
 olvido, mar sin fondo. Se consume
 tu voz sin óleo. Caliente sube
 el aliento del campo que nos unge

eternidad de píos y relumbres
 sin confusión, promulgadora, une
 al pulso universal, al entrecruce

de semilla en concepto uno y múltiple.
 (Y la carne en la carne y grito funde
 prolongadora, genesiaca lumbre.)

(22-IV-78)



ARRACIMADAS lilas en la Huerta
del Jardín de los Frailes, primavera
retrocedida —nieve por la sierra—
tiritando color, la luz envuelta

en nubes del abril que coquetea
con mayo —tapa y dice—, brisa tierna
o sopro atarecido que marcea
contradicciones femeninas. Niebla

del monte se conturba. Lluvia riega
pulverizada el rostro violenta.
El sol deslumbra y enceniza, quema

en el momento y nos conmueve, siembra
entre lo sensitivo de la tierra
y la carne del hombre viva ausencia.

(30-IV-78)



SE toca y se mancilla la hermosura,
 lo que liberta su presencia, enturbia
 su luz y se contrista, anubla,
 se cierra a los dictados que no escucha

la palabra-visión, la forma pura
 de siempre para siempre. Una
 vez hecha sin enmienda alumbra
 el gozo que nos dice y nos tatúa

de gracia o plenitud como nos turba
 con su presencia la mujer desnuda,
 la selva misteriosa que insinúa,

noche insondable que la mar modula,
 abejares sonidos... (Las medulas
 nos recuerdan que somos criaturas.)

(3-VIII-78)



¿QUIÉN impide pasar una frontera invisible y presente cuando intentas lo completo del centro que la idea promete, acucia, garantiza y veda

ese muro de luz que no atraviesa el hombre cuando más patente llega una voz que reclama la presencia en la suma total? Tengo más cerca

que nunca los olores o la puerta a más intimidad con la certeza y no puedo cruzar, fijo a las reglas,

el límite, lo vivo que se encuentra rodeado de sí, sin que convenza necesidad, se siga dando vueltas.

(6-VIII-78)

EN el silencio de la tarde músico
el viento por las jaras. Y pregunto
al olor de los pinos. Y me tumbo
con los ojos cerrados. Y descubro

la paz, un baño dulce donde junto
al camino más ancho y más profundo
el arroyuelo mío. Viene lúcido
pensamiento a la carne. Teje el zumbo

del insecto respuntes con el mundo
del olvido del tiempo. Me reúno
con el latir de la materia, curso

que me renueva y reconozco. Cruzo
el límite del cuerpo, libre. ¡Punto
final aquí, Señor! ¡Desata el nudo!

(8-VIII-78)



LA jara de septiembre pampanera
con miel zumo de moras lozanea
recientes laqueadas inocencias
de pronto tras amago de tormenta

al aire tan bien hecho, aún la huella
del aliento materno que nos llega
manantial de la sangre por la puerta
de par en par al dicho de la tierra

mojada que se esponja por la seria
carne que tuvo nidos y recrea
vivido tiempo de antes que naciera...

Ahora viene a darse en la presencia
de entonces en aroma que revena
en el verbo final de las entregas.

(2-IX-78)



UN olor —voz del campo— compañero
de la paz vegetal claustro materno
nos relea la lluvia. Era tiempo
sin nombre por las cosas, aún el cuerpo

en frutal inconsciencia. Sabe a tierno
pan de cochura alegre de sarmientos
vahaje que nos trae fiel concierto
del río acunador, entre los dedos

agua chorrea luces y reflejos
de los álamos jóvenes, silencio
de primer día del entendimiento

sensitivo atrojando para luego,
ahora ya. Los ojos lloro y cierro
para ver más cumplidos los recuerdos.

(4-IX-78)



NUNCA cede equilibrio, desmelenada,
se degrada, se pone en evidencia
intempestiva y gratuita, ciega.

Ensimismada en orden la gran piedra

de bien tallado Guadarrama cierra
horizonte, decora con nobleza
y majestad acostumbrada, eterna.

A días se reboza con la niebla .

o se toca de nubes, hermosea
serenadoramente compañera,
descansadora y fuerte en inocencia.

Mudamente me dictas evidencias
consoladoras y tu paz me deja
en inmortalidad de la materia.

(6-IX-78)



TODO el monte en la miel de dura gracia
del Abantos y Mantua Carpetana
con un punto de más a piedra y jara,
sabrosa rudamente a su batalla

de yelos invernizos y nevadas
que no hilan el rubio de la Alcarria
tan matinal, risueñamente cálida
y femenina por enamorada

de luces mariposas, con más alas
batido el aire pensativo. Hablan
en mí sabores sabios de la infancia

fundadora en la sangre que me manda,
con este sol de tarde y Guadarrama
que le trae recado a la palabra.

(7-IX-78)



¡QUÉ grato de pisar rubia pinocha
de monte atardeciente, sacra boca
frutecida de otoño que se agolpa
en el trance solemne de la hora

diaria entre dos luces, olorosas
lágrimas resineras, aún la sombra
presentida, no hecha! Sangre roja,
incendio del poniente condecora

crestones de la sierra. Se abandona
el campo como niño al sueño, ola,
sábana de silencio, lino y boda.

Luna incipiente titilante asoma
desfallecido azul. Y suspirosa
presencia de la brisa en carne moza.

(9-IX-78)



MADRE luz afinada por silencio,
enriquecida del otoño lento,
acunada sazón y norma, verbo
bastante porque no tiene concepto

limitador, presencia de lo eterno
tácitamente dicho. Es un momento
para morir en paz, en el secreto
apetecible y alcanzado, lejos

lo que destronca y anonada. Dejo
mi carne y pesadumbre al santo suelo
acogedor y olvido mientras cierro

los ojos, no preciso espacio y tiempo,
sin principio ni fin y tan completo,
hoja en el árbol justo de lo cierto.

(12-IX-78)



NO me vais a llevar por esta gloria
de sereno silencio, con la boca
regalada, saliva más sabrosa
o respirado monte. Con idioma

de la tierra matriz el aire forma
caricia por la carne, casto aroma
de las savias nutricias, alas, hojas,
colores como ideas y nos tocan

en consonancias de la luz más honda
intuida en milenios, luego sombra
para mayor nostalgia con historia

en el hondón crucial del verso. Rondan
presencias. La mirada goza,
desde muerto, recado de la hora.

(24-IX-70)



UN paisaje entre humos, entre nieblas
que nos descorre el viento, nos espesa
la calma, cambia, recompone, acerca
y nos sugiere formas y nos deja

en el centro surgente, las ideas
brotando unas de otras, y se enredan
y se aclaran, nos traen y nos llevan
sobre cresta de ola o la marea

y nos descubren lo que nos aleja
la piel del mar celoso, el tiempo... Llegan
las sombras y sumergen. Huele a tierra

recrecida en amor, con la tremenda
voz de fuego que sangran de las cuerdas
contrabajos de otoño por las venas.

(21-X-78)



HE suplicado al pino qué le dicta
atención tan tensada en la colina
sobre el valle del río que le anima
a caminar. Y calla. Yo diría

que se ahonda más jugos y enraíza
más en la roca terca y ensimisma,
comporta más presagios y la brisa
pone a temblar de lúcido, le chista

un deseo lejano, que se agita
un momento, estremece. Y aún más digna
mudez y verticales varonías,

silencio inteligible, que nos mira
su presencia de madre conmovida
sonriente de soles y resinas.

(22-X-78)



MÁS cerca del invierno y de la nieve
el olor por el campo amarillece,
seco de sol de sierra y prenoviembre
decorado de hojas y de sedes

dejadas de la lluvia, vieja muerte
del verdor. Lo leñoso prevalece.
El monasterio nítido sorprende
con siglos y rigor y clara frente

meditadora noble, como siempre
interrogada y varia, que se ofrece
cambiante con las horas o la suerte

que sople el corazón y nos releen
los signos de la luz que no envejece
en la sangre siguiendo su corriente.

(23-X-78)



CON las capas pluviales, sensitivos
oros maduros, álamos obispos
penitentes, el tiempo niebla en libros
miniados, cantoral catedralicio,

vieja historia entre tumbas con el frío
de la piedra labrada, con los siglos
en alabastro, posan en camino
que no llegará nunca al equilibrio

del monasterio, luces entre pinos
que palidecen verdes tristes, limpio
aire-melancolía, viejo vino

que dan los muchos años bien vividos
en atención al verbo, pan heñido
para cochura última del ritmo.

(4-XI-78)



DEJO mi testamento: Vine al mundo
para que en una tarde de Difuntos
subiera claro Abantos, los arbustos
ricos de meses de sequía, juntos

en veredas amigas rindan júbilo
de su final y biendecir al gusto
al hombre que yo soy mientras me fundo
en paz en tanto amor como me cupo

en azar y deseo. Cada uno
con sus luces marchitas, los maduros
amarillos del álamo que junio

llenó de pío en flor, octubre zumos
de zarzamora ajada, tenues nublitos
sobre el paisaje, corazón con humo

de hojas incendiadas, viento húmedo
en el recuerdo, destruidos surcos



de los rastrojos serranegos, lujo
de bermellones del poniente, rubio

pajizo aquel azul joven tumulto
de romeros humildes con el zumbo
coronador de abejas, el murmullo
del arroyo del alba, Dios en músico,

olores manantíos en el triunfo
del tomillo sabroso, loco orgullo
de ballueca cenceña y frágil... Cumpló

recuento y notaría del ayer. Y mudo,
acaricio con manos ojos último
saber en que consisto y me resumo.

(5-XI-78)



VUELA decir de Dios por estas flores,
sombra de Sí, sus significaciones,
ahora en el silencio que dispone
la plenitud de mi larvado entonces

en intención atenta, perfecciones
en el amor de nuestros creadores
humanos que soñaron en sus noches
los padres —varón/hembra—. Por el monte

soleado con lágrimas, olores
traen paz al sentido, nos responden
a preguntas sin verbo. Las canciones

del color agraviado saben nombres
de la pena y la carne, aclaradores
decires que destan nudos bordes.

(25-XI-78)



EL musgo suntuoso, luz invierno,
sobre las rocas, agrisado miedo
rezumante en el rostro por milenios
de abandonos, azares y silencios.

Paños testimoniales que los dedos
sutiles de las horas van viviendo,
riquísimos ropajes al espléndido
mediodía acrecidos en lo bello

único para ahora, recién puestos
por vez primera en mí de pasmo eterno,
solares gratitudes del recuerdo

hasta que venga mayo con sus vuelos
y renueve sentidos al momento,
incesante rotar, decir del tiempo.

(16-XII-78)



1979



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

GRACIAS por este vaso de silencio
que me devuelve a mí, el reencuentro
apetecido para hoy, que llego
tan al final de luz, peso y compruebo

la libertad de andar, aún el cuerpo
sin negarse al camino compañero
de la sorpresa válida: cantueso
madurando a la orilla del invierno

que se resiste, todavía ceño
iracundo en las crestas, grises cerros,
anubarradas piedras. Violonchelos

hondos y despertar del aire, nuevos
mirlos o flautas mieles, color tierno
que perfila las rosas y los vuelos,

avanzados los verdes, los senderos
lavados, sonreídos arroyuelos



contrapuntean el decir del viento,
dan paisaje sonoro y trasconcepto

a pasiones de sangres y de besos
por los hornos del hombre, ya en oreo
ritmando claridad, entendimiento
para acatar y complacer. Y leo

en las formas amor, azul egregio
consonando alegría, hermano acento
uno con todo y yo en el Universo.

Morir, pasar ahora que me siento
en la ola feliz, alto momento
de latir en el pulso del misterio.

(10-III-79)



HE venido a catar vinos olores,
ordeñar el perfume, saber dónde
está mi libertad. Oigo los goces
seminales del tiempo poner nombres

iniciales y frágiles, las voces
que crean realidad aún sin roce
de cotidianerías confusiones,
todo puesto en su ser, andando el orden

fuera de muros, agrandado el hombre
que soy, a ratos hijo de los dioses
que no pecan y sin limitaciones.

El amarillo más luciente acoge
primera margarita entre verdores,
me da el alto al asombro y reconoce.

(11-III-79)



PARA cuando revene tiempo, hilo
retomado de amor, presentes píos,
enjambrado recuerdo fiel y signo
indescifrable para quien no hizo,

mano en la mano y paso compartido
en el momento propio, madurado brillo
en las mejillas, en el beso limpio
sabor de las raíces, dos pabilos

encendidos en uno más y grito
triumfal que reintegra, paraíso
que se dice de piel a piel, leído

el otro lado sabio de lo mismo
y justifica y abre en el suspiro
la presencia de Dios en lo vivido.

(12-IV-79)



LA sonrisa de Dios en el paisaje
tendida al sol-abril, al niño aire
del Guadarrama aún con nieve sale
a recibirme para festejarme

y recordar orígenes. Sí, madre,
así querías para mí. Esto me sabe
a ti, a tu presencia entre los árboles
ya vencidos los miedos ancestrales,

da ser igual a sí, reencontrarme
con el que fuera ayer, sin que bajase
de tus brazos el tiempo que nos barre

el cantar y los brotes, nos desnace.
Mas el momento eternamente en sangre
inscrito, consolando soledades.

(16-IV-79)



HAY que ser muy feliz para tan bello,
para estar enjoyado de silencio,
campo de mediodía y abrilño
airesol que devuelves el ingenuo

mirar con alegría y con respeto.
Aquí la libertad de lo perfecto,
cada nota en su sitio, en el concierto
sin discordancias y sin titubeos,

la mano sabia que dirige, el dedo
creador inicial. Me sé viviendo
lo que no sabe mi palabra. Veo

con todos los sentidos, en aliento
que no requiere signo ni concepto,
en lo total que nace de su centro.

Dejadme aquí. Pasad. Estoy exento
de la necesidad ahora. Entiendo



sin más, de golpe, estante, como estos
espinos florecidos, blanquiabiertos

asombros sobre el todo, tal el viento
que trae los recados de lo eterno
y sonríen los prados, cabeceo
de las hojas de yerba, asentimiento

que me saluda con verdores tiernos
que ponen en los ojos el reflejo
feliz que dice amar y más que verbo,

perdido en el camino al sentimiento,
de la fuente a la boca, color ciego
de querer expresar atado al lienzo.

(17-IV-79)



ME quieres encantar, olvido el seso,
naturaleza, otro presente espléndido
de la gracia florida que has expuesto
en acirates, árboles, el juego

de ciclos y mareas de lo eterno
para ti, que retornas. Yo no puedo
tantear laberintos ni los vuelos
de las aves que vuelven. Y comprendo,

y significo y me desgarró, ciego
de primavera ahora para luego,
porque voy limitado, pensamiento

por el que soy distinto, diferencio
de la yerba sin rostro, donde veo
la sonrisa de Dios que luce. (Y tiemblo.)

Un instante me cumplo compañero
de la misma materia, voz o viento



o verdecida savia, brote ledo
en la rama que ofrece sus respetos

sin poder evadirse de lo preso
que nace, vive, muere, sueña el lejos
que yo le traigo, el hombre y desconcierto.
Ante ella, imponente, represento

a todos los nacidos. Y me pierdo
en algo que no cabe en mi cerebro,
me quiere anonadar, provoca miedo

y se revela y tace, tenue oreo
que dice más que yo, donde me alejo
a la presencia inmensa del misterio.

Yo quería decir y no sé... Dejo
calar mi tierra-carne del goteo
de la luz que medita, tibio verbo
que verdea los prados, mira adentro



y se complace en sí, rezuma bello
orden o perfección en este insecto
que llega a la cuartilla desde tiempo
o lugar a figura que no tengo

medida de creer, escucho el eco
de lo que no descifro y deja eso
consolador que busco por los huesos

y sé que es y hay, lo compañero
de cuanto llama desde lo perfecto
y trae los recados del silencio.

(30-IV-79)



QUÉ perpetuos estáis y qué tranquilos,
y qué seguro vertical sí mismo,
el lilapajarero, el buen oficio,
gustar sin ostentarlo, sin narciso

reflexionar cruel cuando es herido
por el primer hallazgo subjetivo
de que se está mermando el regocijo
de la flor que no vuelve al individuo

como el árbol, iguales y distintos
los colores, las formas y los signos
según quien vea luego, otro. Miro

el campo en esplendor primero, crío
que sonrío y consuela, y el instinto
me sube a la razón sabor a trigo.

(15-V-79)



LÉEME esos colores mientras oigo
comentarios del agua, quedo novio
en las insinuaciones del arroyo
que responden al viento. Huelo otro

tiempo que luce miel y rememoro
lo que fui en lo que soy, ardido tronco
que signa la memoria con su rojo
de bandera amapola, los rastros

ahora, pan de entonces, con el mosto
curado en la bodega para sorbo
lento del diálogo sin fin, sabroso

a tu sonrisa aquella y tu sonrojo
asomado a los labios. Veo el rostro
de Dios, amor, lucido por tus ojos.

(20-V-79)



NO he conseguido puente al otro lado
donde los brazos llegan a los brazos
y funden unidad, opuesto vario
y todo canta con el mismo cántico.

Pero yo no soy padre del milagro.
la voz de Dios en mí, que yo me traigo
de oído al sentimiento su recado,
que le vayáis a recoger al campo,

y cumplo como puedo, como valgo.
Soy mensajero nada más. Mi pago
ya le cobré en asombros, en el ánimo

de más consigo con que me acompaño
desde que recogiera tu mandato,
tiempo vivido, tiempo enamorado.

(23-VI-79)



ENTRE lo que retengo y lo dictado
apenas el temblor, lo que no alcanzo
a traducir en vida, que no hago
sino gesto en palabra, ambiguo llanto

de la felicidad o del amargo
indicio, que no lleva al otro lado
más que símbolo oscuro, deja al paso
lo que nos cantan otros o cantamos

a otros, sorprendidos afinados
en propia clave de sentires, cuando
se oye llover con el balcón cerrado,

seguro lecho compartido. Traigo
metáforas de olores y de estados
que pido retoñezcan vuestras manos.

(24-VI-79)



QUÉ torpe soy, Abantos, que me habla
vahaje con tus nombres y no aclara,
no me convierte en flor, devuelve planta
y matiza las tintas, me da alas

con el vuelo del pájaro. Mi lágrima
está diciendo amor, raíz y rama
que pone voz a hojas donde canta
un latido de sangre que se abraza

al color de la tierra madrugada
que no traduzco en ritmo, si me labra
más hondamente el humus, corre el agua

su misteriosa luz en la garganta
y perennes presencias nos amparan,
tañen, nos originan la palabra.

(29-VIII-79)



SANGRE verde de juncia y de mastranzo
las riberas del júbilo me hallo,
el pradillo con sol rasante hablo
mientras llueven silencios que me calo

y despliego las aves donde callo
laderas de la tarde que me ando
con los ojos del mundo bien cerrados,
linceo por de dentro tu recado,

campo con voz olores en el pasmo
de ser tierra que piensa como grano
de polen seminal y proyectado

para mañana flor hecho milagro
de la revelación, mano en la mano
la pareja, lo eterno renovado.

(31-VIII-79)



HAN llegado los lirios y las moras
con las tormentas de septiembre. Dora
matizada tristeza por las hojas
caedizas volantes que nos rozan

el rostro con llamadas. Nos escora
el corazón un poco y melancólica
dulzura sabia hila, luz recóndita
en evidencias últimas. Más roja

de majuelos la sangre, sin congojas
entregada al recado de la hora
de la tarde poniente luminosa

que se arrebuja friolenta en rosas,
bermellón incendiado, nobles rocas
en amatista, meditada sombra.

(8-IX-79)



LOS límites olores del cantueso
de Abantos he dormido en el pañuelo
para que me proteja su recuerdo
hasta la primavera, si merezco,

sostenga lo fragante por el pecho
corazón más batido de sereno
ritmo de razonado sentimiento.

Han cumplido los días y los huesos

anticipada luz y flor de viento
la tierra de la carne, su misterio
acatadas entregas, ya los ecos

aclarados al fondo de los sueños,
curadas soledades: anteveo
la llegada final de mi destierro.

(8-IX-79)



COMO rosas posadas en el aire
o pájaros inmóviles, el cante
de los colores mudamente sabe
decir ese topacio al sol que sale

en la gota de jugo, declinante
dalia que se deshoja en el paisaje
friolero y septiembre. Viene suave
zureo al corazón de tierra. Late

en los pulsos buen ritmo justo. Trae
melodía escuchada desde antes
de la palabra pampanera. Y abre

sabrosos zumos, oro y luz, la sangre
entre inicios viriles y cobardes
sabidurías viejas de la tarde.

(27-IX-79)



REPICAN su canela los helechos
a los álamos de oro, con el viento
ruiseñor en los pinos. Ya recuerdo
se va quedando el horizonte ciego,

confusas luces otoñadas, lejos
su morado estandarte los cantuesos,
primavera de alas y de besos.

Suena flauta de plata el arroyuelo

que recobra sonido con los nuevos
decires de las lluvias que trajeron
los días de noviembre, reencuentro

con garganta de piedra. Avisa yelo
a las puertas del hombre don atento,
estaciones y límites que fueron.

(3-XI-79)



AHORA piso con los pies desnudos
 brillantado rostro de la tierra. Turbio
 velo del agua aclara. Transparece mundo
 luces interrogantes y comulgo

sol dormido en la yerba con los últimos
 píos de los olores que traduzco
 en contento, rescato del tumulto
 grisiento cotidiano. Llega puro

presente revelado del paisaje, súbito
 verbo de los silencios donde acuno
 lo regresado que perdiera. Tumbo

el cuerpo en la pradera, me desnudo
 en la ola del tiempo, vivo pulso.
 En Dios o la materia me confundo.

{4-XI-79}





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

1980





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

EL calofrío que recorre el humus
cuando se martiriza a cualquier justo,
se abate el grito cereal de júbilo
al niño que descubre en el arbusto

un temblor amistoso, vuelo súbito
de pájaro agredido por el bruto
decidir insolente, muere el jugo
derramado sin ley, aún sin turno

para sabor cumplido, pone susto
en la leche materna, viene mudo
hundirse inacabable por oscuros

pozos de la materia a lo profundo
sin fin y sin camino, contrapunto
de la carne invadida por el humo

que nos borra el contorno en el apuro
mineral de saberse, repeluzno



de corte en el cordón unido al último
asidero, se pierde en todo el único

sin conciencia de sí, preclaro mundo
que disuelve la nada por el grumo
inicial de energía, me confundo
con lo vivo sin cuerpo, donde busco

salida a mi presencia... Mas escucho
el viento por los pinos y me sumo
al clamor, y percibo, me reúno

en mí de nuevo. Miro y veo musgo
hablándome color ahí, me junto
al latido coral devuelto uno.

(5-IV-80)



EL guindo, pura flor. Y las magnolias
no se atreven al blanco, estrepitosas,
a su pulcra humildad y prodigiosa
luz hilada en encaje, rumorosas

abejas incesantes labradoras
de futuro dulzor. La piedra dora
geometría audaz, menesterosa
de claridad y sangre de las rosas

que pasan y retornan mientras toda
soberbia arquitectura desmorona
el tiempo y el olvido desaloja

los nombres del candor y la memoria,
el pasmo de los siglos. ¿Quién asoma
ternura, se declara más ahora?

(8-IV-80)



ES que respira Dios en los pinares,
ensimisma silencio vivo, sabe
intuición revelada, ya la tarde
con su tarea al hombro, con los panes

servidos a la mesa. Por la sangre
el misterio me dice que entre, pase
a ser mata cerrera en el paisaje
sonriente al atento caminante

tal yo me soy ahora, que me pare
y me recapitule, sume viaje
y dé gracias, devuelto el aire al aire

sin pudrición y eterno. (Mas no abre
la puerta al otro lado, aún la llave
perdida si te oiga, vea, tacte.)

(7-VI-80)



COMPañÍA me trae lo de siempre
oculto no sé dónde, en los repliegues
del ceño serraniero cuando llueve
una mansa nostalgia y bajo nieve

se arropa más silencio. Hoy aparece
de lo uniforme gris lo diferente,
único, repetido olor, alegres
colores estrenados, sueñan leves

suspirillos del aire los cipreses,
animado verdor lo permanente.
Rosean los espinos y florece

hasta la piedra seca... Todo quiere
dulcificar el son, hacer presente
lo que pasa y amor ahora vuelve.

(22-VI-80)



LA sorpresa del nuevo instante dicha
en el capullo intacto que no había
ayer en esta rama maldecida
en el leño a los ojos, en la hormiga,

luminoso azabache al que la brisa
a ras de tierra turba, hierbecillas
que levantan los brazos si las miras
y saludan o piden compañía,

el chortal del camino, la colina
con el vestido inédito, la vista
retozando en el verde que nos libra

de chocar con recuerdos, escocida
de lagrimada sal... ¡Y la sonrisa
que nos proclama padre en esa niña!

(23-VI-80)



ALGO me tira mansamente hacia
 el centro originante. La retama
 amarilla encendida al sol nos habla
 de lo que desanuda, flota. Blanca

inocencia sahúma flor de jara
 y se acuna en los ojos, la volada
 mariposa primera de la infancia.
 Élitros violeta cantan, ala

luce la torre del perfume. El agua
 bisbisea secretos, confesada
 al viento, que la absuelve. Mozo alza

el pino la cabeza bien plantada,
 vigilante en la piedra de su patria.
 Y más sabor en el decir enjambra.

(24-VI-80)



LA medida del hombre son los ojos.
La luz, del creador, presente ignoto
que no acaba de darse en claro rostro
reconocido ahí, final de todo,

posado en el olor del campo, agosto
y plenitud, y vuela, se hace otro
en lo mismo, revela en el rastrojo
asunción de la espiga, sube moŝto

a la uva y madura, acendra óleos
aceituneros contra sombras, gozo
en el vientre materno, aclara rojo

inteligente en savias, reconozco
en el vacío que me llena, toco
en el aire que canta nuevo soplo.

(18-VIII-80)



COMO para tener ojos y tiempo
y nombrar uno a uno los senderos
de la tarde, que nos conocen, beso
a beso, hoja a hoja, voz del viento

al vaso del poema, ya silencio
revelador, cumplido mandamiento
de la sangre, salvado del concepto
achicador de vida, ritmo y verso

y carne y límite fundidos al misterio
ofrecido en la luz, pájaro y vuelo,
hacer de la mirada único verbo,

incorporar a la sonrisa lejos
del antes y el ahora con el luego,
apearse del yo, callar completo.

(29-IX-80)





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

1981





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

BELLÍSIMOS estados de silencio
en que habla el color con los recuerdos
de Dios que un día largo se perdieron
en el vivir pasado. Y el encuentro

nos devuelve al origen de los tiempos,
cuando todo presente, lo perfecto
al alcance, el árbol de los besos
con el intacto fruto. Cómo veo

sin límites estancos, sin el riesgo
de lo uno y lo otro... Y me despierto
a la cárcel que sufro para muerto,

a veces tan divino, por los sesos
la turbadora llama que da el verbo
y vucla mañanera por su vuelo.

(8-VIII-81)



QUE te lea el silencio lo que escribo
 en aire atendedor, al fondo límpido
 rezo del agua casta, piel de frío
 desnuda al sol de agosto, con el trigo

morenado de tiempo bien nacido.
 Que te cuenten las hojas de translúcido
 verde reposador, hablen los signos
 del azul meditado, ya los últimos

rubores de la tarde cansos, pío
 melancólico, pájaros al nido
 mientras invade sombra de los riscos,

mano que alivia el ojo, pone en vilo
 contrabajos de sangre, torna niño
 a los brazos de madre del olvido.

(10-VIII-81)



LADERA del paisaje, me rodeo
del olor amarillo del orégano.
El oleaje blando del silencio
me canta sensación del Universo

en pulso compartido de lo nuevo
que se recrea en sí, principio hecho
sin precedente ni cansancio, centro
del borbotón del ser, materia y tiempo.

El labio musical del tibio viento
acaricia la piel, agua de sueño
donde floto feliz, razón que entrego

a la norma que vela, da al momento
trascendencia del límite y oreo,
anticipo inquietante de lo eterno.

(16-VIII-81)



HE cambiado una flor por otra. Huele
 más plenitud ardida y finamente
 el amarillo exalta, se recrece
 en el hecho de estar, en inocente

comparación feliz que se resuelve
 a su favor en complacencia, alegre
 estado compañero, la corriente
 que de principio a fin nos esclarece

y fluye sosegada eternamente
 en olvido del yo, que no se duele
 sometido a sus límites y sedes.

He juzgado, elegido... Y, de repente,
 vivo que me separan, que prefieren
 lo que llega a la vida amaneciente.

(14-VIII-81)

SONIDO rubio, violín de agosto,
 abeja súbita de nada a lo remoto
 que me signa el oído donde atrojo
 memoria fiel de luego ahora. Al fondo

voces agraces infantiles, mosto
 sin madurar, espera de su rojo
 mediodía viril curado en ronco
 río violonchelo, el amoroso

zureo reclamante de palomo.
 Olores seminales de magnolios
 en el triunfo nupcial, ardido diálogo

con los bojes de espera sin agobio
 y laqueadas hojas, verdes novios,
 hora del campo que relincha potro.

(25-VIII-81)



NO acabo de ganarte la palabra
inicial predispuesta y acunada
en mí, que la procuro, la nostalgia
de lo perfecto justificador. Alarga,

afina sus sentidos mi ser para
recibirte, me tenso, luego nada
que sea transmisible de la gracia
a los demás, conmemorar que salva

cuando todo conspira en contra. ¿El ala
que refresca los ojos, la mañana
presente perfección que nos desata

anillos angustiosos, nos agranda
la condición real, la voz del agua
que permanece siempre y siempre pasa,

la noble arquitectura donde encaña
única espiga múltiple, nos sacia



su forma, eternamente igual que cambia,
la presencia en la piedra ensimismada,

la variación perpetua en la montaña
y su aleccionadora perspicacia,
la voz del viento en sombra susurrada,
rubia de miel y vuelo que remansa

frescor al corazón y la mirada
retozona en verdes, las campanas
goteando en el pozo de las lágrimas,

el hilado silencio y apiñadas
en la piel dulcedumbres y distancias?
(¿O la respuesta en mis preguntas habla?)

(18-VIII-81)



NO estaban cuando tú. Llegaron luego
por obra del azar a dar al cerro
del Abantos serrano buen recuerdo
de las tierras del Norte europeo,

flechas de verde goteante al cielo
matricial de Castilla. Ahora veo,
soledad enalmada, al agosteño
horno en el llano, pulcro monasterio

que levantaste al pasmo de los tiempos,
tal un juguete frágil a lo lejos
cambiante a las miradas y latiendo

en azul niebla, incierta luz expreso.
Ciega la tarde lenta en el oreo
del Guadarrama que razona viento.

(24-VIII-81)



CERRADA en sí la piedra, hondo medita,
ajena al mundo mío, se ensimisma,
intemporal, a qué paisaje mira,
para qué, en aparente lejanía

de mí, que la contemplo y acaricia
mi mano, piel cegada, sin la prisa
del tacto joven ávido, noticias
que no procuran lengua, en otra íntima

sed del amor que da correspondida
respuesta al pulso cósmico, cintila
en la vena y el beso que gravita

trascendencia en la carne, profetiza
realidad al sueño y adivina
su perfección ahora tan dolida.

La roca gris de forma tan precisa
y preciosa, con musgo que se aviva



a la lluvia, animal grande, reclina
entre fresnos de verde sonería

y cuidada cabeza en la pajiza
soñarrera de agosto, las espigas
de avena loca pulcras y vacías,
tan gratas de mirar y sensitivas

a cualquier mandamiento de la brisa.
No está muerta en materia, presentida
reflexión que no allego todavía,

que teje maternal y necesita
mi desazón sin treguas. ¿Algún día,
a fuerza de rondarla, me lo diga?

(29-VIII-81)



¿VENDRÁ otoñada luz de oro, limpia,
a descansar al ojo, que declina
y le cuesta mirar? ¿Es la caricia
de la realidad o quién nos dicta

consuelo tan cumplido, la intuitiva
fresca razón carnal que se averigua?
¿Mañana la cieguera? Ahora prima
hermosura de ver, hace delicia

ser aún en el tiempo sensitiva
respuesta a Dios que luce por la brizna
de yerba al sol, enciende verdes risas

que alborotan deseos y eternizan
besos más que promesas, magnifica
el campo y la mujer. ¡Hasta la vista!

(14-IX-81)





ÍNDICE





Dedicatoria	7
Prólogo.....	9

1976

Al río que canté se le ha bebido	17
Se le ha bebido el agua de momento	18
Mirad el cauce hoy	19
En la matriz del tiempo duerme el agua.....	20
Unos pies breves han dejado huellas	21
Con el calor del mediodía manso	22
Cae la hoja de canela al suelo.....	23
Cuando hace silencio algo medita	24
Para aclarar la sombra de los fondos	25
Hace días que no vienen los versos	26
Se sentaba, callando, desvalida	27
Ha llovido, después de muchos días	28
Hoy no pregunto	29
Me saben los caminos y las piedras.....	30
He salido a buscar por qué razones	31
Aquí, desnudo y solo entre los pinos	32
La lluvia ruseñora está diciendo	33
Qué bien ordena el viento en la cuneta	35
Todo preparación para el poema.....	36
El dolor borra el mundo	37
Han verdecido musgo los pretiles	38
Suena perplejidad y llanto	39
Sí, pecar por amor.....	40
Con sus luces maduras que otoñecen	41
Una página más que importa al mundo	42
Huelen a pan reciente al sol los bojes	43
Cómo se hace vivir vida que vivo	44



Gracias, mañana y viento de septiembre	45
Dale la mano y calla	46
Una punta de miel-melancolía	47
Cansada va la luz de atardecida	48
Milagro sale el sol y no da gritos	49
Quién de nosotros estará mañana	50
Hay que velar atento por si viene	51
Yo sé que lleva con unción la rosa	52
El viento no me deja oír el río	53
Velloritas serranas de septiembre	54
Hola, frescor de nieve	55
Agrios aromas del romero al frío	56
Siempre ha llovido	57
Las margaritas más abiertas juntan	58

1977

Te confundes, amor	61
Aovillado al sol	62
Está el espino en flor recién nevado	63
Humo sin fuego niebla de mañana	64
Al olvido del cuerpo me hago tierra	65
¿No te puedes parar un poco, río...?	66
Pirámides de olor ruborizado	67
Han venido los pájaros	68
Alado peso o la raíz nos tira	69
Te reconozco ahí, melancolía	70
En el saber estar las amapolas	71
Descubro cómo quiere el viento al árbol	72
Divina está la tarde	73
Ya te han puesto de largo, primavera	74
Sábado con celindas colegiales	75
A quién, decidme	76
Tanto mirar atento tantos años	77
Dónde sonido que desanudaba	78
Lavado con silencio y compañía	79
Sin ababoles rojos Herrería	80
Las amapolas fieles a la cita	81
Cambiará, porque suenan las campanas	82
Dónde estabas ayer, mata cerrera	83

En el lenguaje universal del campo	84
El monasterio no se precipita	85
Gris ahondado a luz ceniza tenue	86
Ya están aquí las flores del más blanco	87
El aire es una lente de limpísima	88
Ladera alta de Abantos hay cantueso.....	89
Salud al Escorial de los canteros.....	90
Dispuesta por el sol al sobresalto	91
Si vivir el durar sin aventura	92
Nombrar es poco más el aire sobre.....	93
Si faltase la hormiga trajinera	94
No dirás el paisaje si no dices	95
Un dios provisional que va a la muerte	96
Lo que desco en el amor la piedra	97
Se me sube el momento por la sangre	98
Sufro con las tensiones de mi cuerpo	99
¿Está el rosal en flor y las abejas...?	100
Dónde la soledad para que diga	101
Me da lírica el aire serraniego	102
Este olvido del cuerpo y la fatiga	103
La carne quiere sol.....	104
Y no saber tu nombre da vergüenza	105
Aquí naturaleza ya cultura.....	106
Después del tormentón.....	107
Más que temor, asombro de los truenos	108
Ahora mediodía de las malvas	109
Jara y cantueso cuando el sol esconde.....	110
Luz de que va a llover y de septiembre	111
Ebrias de juventud y de apuesta	112
Se cumplen los presagios que decía.....	113
De tanto asentimiento	114
En la brama de julio con agosto	115
Vaho de manzanilla trae oro	116
El día complacido en su perfecta	117
Esa hoja cumplida en la corriente.....	118
Me desanilla ahogos y tristeza	119
<i>Robé una rosa que me robó el viento</i>	120
Qué crece de llamadas y misterios.....	121
Fecunda soledad cuando escogida.....	122
Barquillo casi tierra ya las hojas	123

El pinar tiene alas con el viento	124
Se me perdió el arroyo	125
La niebla algodonece los sonidos.....	126
La llama rubia de los alamillos.....	127
Apenas quedan flores al paisaje.....	128
He cortado una vara de romero	129
Tiene frío tarde.....	130
Un sol con luz confusa	131

1978

Después de la sevicia del invierno	135
Una hebra de agua.....	136
Don Felipe II, cómo luce.....	137
Arracimadas lilas en la Huerta	138
Se toca y se mancilla la hermosura	139
Quién impide pasar la frontera	140
En el silencio de la tarde músico	141
La jara de septiembre pampanera	142
Un olor.....	143
Nunca cede equilibrio	144
Todo el monte en la miel de dura gracia	145
Qué grato de pisar rubia pinocha	146
Madre luz afinada por silencio.....	147
No me vais a llevar por esta gloria	148
Un paisaje entre humos	149
He suplicado al pino qué le dicta.....	150
Más cerca del invierno y de la nieve.....	151
Con las capas pluviales	152
Dejo mi testamento	153
Vuela decir de Dios por estas flores	155
El musgo suntuoso	156

1979

Gracias por este vaso de silencio	159
He venido a catar vinos olores.....	161
Para cuando revene tiempo.....	162
La sonrisa de Dios en el paisaje.....	163
Hay que ser muy feliz para tan bello	164

Me quieres encantar	166
Qué perpetuos estáis	169
Leerme esos colores mientras oigo	170
No he conseguido puente al otro lado	171
Entre lo que retengo y lo dictado	172
Qué torpe soy, Abantos.....	173
Sangre verde de juncia.....	174
Han llegado los lirios	175
Los límites olores del cantueso	176
Como rosas posadas en el aire	177
Repican su canela los helechos.....	178
Ahora piso con los pies desnudos.....	179

1980

El calofrío que recorre el humus	183
El guindo, pura flor.....	185
Es que respira Dios en los pinares	186
Compañía me trae lo de siempre.....	187
La sorpresa del nuevo instante dicha	188
Algo me tira mansamente hacia	189
La medida del hombre son los ojos.....	190
Como para tener ojos y tiempo	191

1981

Bellísimos estados de silencio.....	195
Que te lea el silencio lo que escribo	196
Ladera del paisaje... ..	197
He cambiado una flor por otra	198
Sonido rubio	199
No acabo de ganarte la palabra	200
No estaban cuanto tú	202
Cerrada en sí la piedra	203
¿Vendrá otoñada luz de oro...?.....	205







Este libro se terminó de imprimir
el día 14 de abril de 1982
en los talleres de la
Imprenta Provincial
de Madrid





